

AAU

AMERICAN ANDRAGOGY
UNIVERSITY



1 Las responsabilidades de la historia

Señor administrador,
Queridos colegas,
Señoras y señores:

La historia se encuentra, hoy, ante responsabilidades terribles pero al mismo tiempo exaltantes. Sin duda, porque siempre ha dependido, en su ser y en sus transformaciones, de condiciones sociales concretas. «La historia es hija de su tiempo.» Su preocupación es, pues, la misma que pesa sobre nuestros corazones y nuestros espíritus. Y si sus métodos, sus programas, sus respuestas, a veces más rigurosas y más seguras, y sus conceptos fallan todos a la vez, es bajo el peso de nuestras reflexiones, de nuestro trabajo, y más aún, de nuestras experiencias vividas. Ahora bien, éstas, en el curso de los últimos cuarenta años, han sido particularmente crueles para todos los hombres; nos han

lanzado con violencia hacia lo más profundo de nosotros mismos v. allende. hacia el destino del conjunto de los hombres. es decir. hacia los problemas cruciales de la historia. Ocasión ésta para añadarnos. sufrir. pensar. volver a poner todo forzosamente. en tela de juicio. Además. ¿por qué habría de escanar el arte frágil de escribir historia a la crisis general de nuestra época? Abandonamos un mundo —¿ cabe decir el mundo del primer siglo xx?— sin haber tenido siempre tiempo de conocer v hasta de apreciar sus ventajas v sus errores. sus certidumbres v sus sueños. Le dejamos, o mejor dicho, se evade inexorablemente ante nuestros ojos.

1

Las grandes catástrofes no son necesariamente los artífices pero sí. con toda seguridad. los pregoneros infalibles de revoluciones reales: en todo caso. constituyen siempre una incitación a pensar. o más bien a replantearse. el universo. De la tormenta de la gran Revolución francesa. que. durante años. ha constituido toda la historia dramática del mundo. nace la meditación del conde de Saint-Simon. v. más tarde. las de sus discípulos enemigos. Augusto Comte. Proudhon v Karl Marx. que no han cesado. desde entonces. de atormentar a los espíritus v a los razonamientos de los hombres. Pequeño ejemplo más cercano a nosotros. los franceses: durante el invierno que siguió a la guerra franco-alemana de 1870-1871. no hubo testigo más al amparo que Jacobo Burckhardt en su querida Universidad de Basilea. Y. no obstante. la inquietud le visita. una gran exigencia de gran historia le acosa. Dedicó sus clases de aquel semestre a la Revolución francesa. Esta no constituye —declara en una profecía demasiado exacta— más que un primer acto.

un alzar el telón, el instante inicial de un ciclo, *de* un siglo de revoluciones. Llamado a tener larga vida. Siglo interminable, en verdad, y que marcará a la estrecha Europa y al mundo entero con trazos rojos. No obstante, Occidente iba a conocer una larga tregua entre 1871 y 1914. Pero es difícil calcular hasta qué punto estos años, relativamente anacibles, casi felices, iban progresivamente a restringir la ambición de la historia, como si nuestro oficio necesitara, sin fin, para mantenerse alerta, el sufrimiento y la inseguridad flagrante de los hombres.

¿Se me permitirá evocar la emoción con la que leí, en 1943, la última obra de Gastón Roussel, *Histoire et Destin*, libro profético, alucinado, medio sumido en el sueño pero alentando por una gran niedad hacia el «dolor de los humanos»? Más tarde, el gran autor me escribía: «Comencé [este libro] en los primeros días de julio de 1940. Acababa de presenciar en mi pueblo de Gevrey-Chambertin el paso por la carretera nacional de las oleadas del éxodo, del doloroso éxodo: las nobres gentes, los coches, las carretas, gente a pie, una lastimosa humanidad, la miseria de las carreteras, todo mezclado con tronas, con soldados sin armas... Ese inmenso nánico ¡eso era Francia!... En mi vejez, a los irremediables infortunios de la vida privada, venía a añadirse el sentimiento del infortunio núblico, nacional...» Pero, empujada por la desgracia, por las últimas meditaciones de Gastón Roussel, la historia —la gran, la intrépida historia— reemprendía su marcha a toda vela, con Michelet de nuevo como dios: «me parece —escribía también Roussel— el genio que llena la historia».

Nuestra época es demasiado rica en catástrofes, en revoluciones, en imprevistos, en sorpresas. La realidad de lo social, la realidad fundamental del hombre, nos parece nueva; y, se quiera o no el

viejo oficio de historiador no cesa de retoñar y de reflorcer en nuestras manos. Sí ; qué de cambios! Todos o casi todos los símbolos sociales —v por algunos de ellos hubiéramos dado la vida antaño sin discutir demasiado — se han vaciado de contenido. Se trata de saber si nos será posible, no va tan sólo vivir, sino vivir y pensar apaciblemente sin sus puntos de referencia, sin la luz de sus faros. Todos los conceptos intelectuales se han encorvado o roto. La ciencia sobre la que nosotros, profanos, nos apovábamos, incluso sin ser conscientes de ello, la ciencia, refugio y nueva razón de vivir del siglo xix, se ha transformado, de un día para otro, brutalmente para renacer en una vida diferente, prestigiosa pero inestable, siempre en movimiento pero inaccesible; y sin duda nunca más tendremos ya ni tiempo ni posibilidad de restablecer con ella un diálogo conveniente. Todas las ciencias sociales, incluida la historia, han evolucionado de manera análoga, menos espectacular pero no menos decisiva. Si estamos en un nuevo mundo, ¿por qué no una nueva historia?

Por ello, evocaremos con ternura, y al mismo tiempo con algo de irreverencia, a nuestros maestros de ayer y de antes de ayer. ; Qué nos sea perdonado! He aquí el libro menudo de Charles Victor Langlois y de Charles Seignobos, esa *Introduction aux études historiques*, aparecida en 1897, sin alcance hoy pero hasta no hace mucho y durante largos años obra decisiva. Curioso punto de referencia. De este libro lejano, henchido de principios y de pequeñas recomendaciones, se puede inferir, sin demasiado esfuerzo, un retrato del historiador de principios de siglo. Imagínese un pintor, un paisajista. Ante él, árboles, casas, colinas, caminos, todo un paisaje apacible. De la misma manera se presentaba ante el historiador

la realidad del pasado: una realidad verificada, desenvolvida, reconstruida. De ese paisaje, nada debía escapar al pintor: ni esos matorrales, ni ese humo. No omitir nada: pero sí, algo: el pintor olvidará su propia persona porque el ideal sería sumir al observador, como si hubiera que sorprender a la realidad sin asustarla, como si la historia tuviera que ser cantada, fuera de nuestras reconstrucciones, en su estado naciente, por tanto, en bruto, como hechos puros. El observador es fuente de errores: contra él la crítica debe permanecer vigilante. «El instinto natural de un hombre en el agua —escribía muy en serio Charles Víctor Langlois— es hacer todo lo posible por ahogarse: aprender a nadar es adquirir el hábito de reprimir los movimientos espontáneos y de ejecutar otros. De la misma manera, el hábito de la crítica no es natural: exige ser inculcado y sólo se convierte en orgánico tras repetidos ejercicios. El trabajo histórico es un trabajo crítico por excelencia: cuando alguien se dedica a él sin haberse protegido previamente contra el instinto, se ahoga».

No tenemos nada que oponer a la crítica de los documentos y materiales históricos. El espíritu histórico es básicamente crítico. Pero, más allá de prudencias evidentes, es también reconstrucción, como ha sabido decir con su aguda inteligencia Charles Seignobos en varias ocasiones. Pero ¿era suficiente, tras tantas precauciones, para preservar el impulso necesario de la historia?

Cierto es que si nos remontáramos más en esta vuelta atrás, si nos dirigiéramos a muy grandes espíritus —como Cournot o Paul Lacombe, ambos precursores— o a muy grandes historiadores —un Michelet sobre todo, un Ranke, un Burckhardt o un Fustel de Coulanges— su genio impediría la ironía. No obstante, no es menos cierto

que —a excepción quizá de Michelet, una vez más, el más grande de todos, en el que hay tantos relámpagos y premoniciones— sus respuestas no concordarían en absoluto con nuestras preguntas: historiadores de hoy tenemos la sensación de pertenecer a otra edad, a otra aventura del espíritu. Nuestro oficio no nos parece ya esa empresa sosegada, firme, coronada en justicia, con primas concedidas únicamente al trabajo y a la naciencia. No nos da la certidumbre de haber aprehendido el total de la materia histórica que, para rendirse ante nosotros, sólo esperaría ya nuestra escrupulosa valentía. Con toda seguridad, nada nos es más aieno que la constatación del joven Ranke cuando, anostrofando con entusiasmo a Goethe, hablaba fervorosamente del «só-lido terreno de la historia».

2

Difícil tarea —condenada de antemano— la de explicar en unas cuantas palabras lo que realmente ha cambiado en el campo de la historia y, sobre todo, cómo y por qué se ha operado este cambio. Multitud de detalles reclaman nuestra atención. Albert Thibaudet pretendía que las verdaderas conmociones son siempre sencillas en el plano de la inteligencia. ¿Dónde se sitúa, entonces, ese algo, esa eficaz innovación? Con certeza, no en la quiebra de la filosofía de la historia, preparada con mucha antelación y cuyas ambiciones y precinitadas conclusiones no aceptaba ya nadie incluso antes de principios de siglo. Tampoco en la bancarrota de una historia-ciencia, por lo demás apenas esbozada. En el pasado, se consideraba que no había más ciencia que aquella capaz de prever: tenía que ser profética o no ser. Hoy nos inclinaremos a pensar que ninguna ciencia social, incluida la historia, es profética; por

vía de consecuencia, de acuerdo con las antiguas reglas del juego. ninguna de ellas tendría derecho al hermoso título de ciencia. Además. sólo habría profecía —renárese bien en ello— en el caso de que se diera la continuidad de la historia. lo que los sociólogos. que no todos los historiadores. no ven violentamente en duda. Pero ¿para qué entablar discusión sobre el confuso nombre de ciencia y sobre todos los falsos problemas que de él derivan? Tanto vale sumirse en la controversia. más clásica pero más estéril aún. de la objetividad y de la subjetividad en la historia. de la que no nos libraremos mientras algunos filósofos. quizá por costumbre. se sigan complaciendo en ella. mientras no se resuelvan a preguntarse si las ciencias más gloriosas de lo real no son. ellas también. objetivas y subjetivas a un tiempo. Nosotros. que nos resignaríamos sin esfuerzo a no creer en la obligación de la antítesis. aliviaríamos de buena gana nuestras habituales discusiones de método prescindiendo de este debate. El problema de la historia no se sitúa entre pintor y cuadro. ni siquiera —audacia que hubiera sido considerada excesiva— entre cuadro y paisaje. sino más bien en el paisaje mismo, en el corazón de la vida.

La historia se nos presenta. al igual que la vida misma. como un espectáculo fugaz. móvil. formado por la trama de problemas intrincadamente mezclados y que puede revestir. sucesivamente. multitud de aspectos diversos y contradictorios. Esta vida compleja. ¿cómo abordarla y cómo fragmentarla a fin de aprehender algo? Numerosas tentativas podrían desalentarnos de antemano.

No creemos ya. por tanto. en la explicación de la historia por éste u otro factor dominante. No hay historia unilateral. No la dominan en exclusiva ni el conflicto de las razas. cuyos choques y

avenencias determinarían el pasado de los hombres: ni los poderosos ritmos económicos, factores de progreso o de caos: ni las constantes tensiones sociales: ni ese espiritualismo difuso de un Ranke nor el que son sublimados, a su modo de ver, el individuo v la amplia historia general: ni el reino de la técnica: ni la presión demográfica, ese empuje vegetativo de consecuencias retardadas sobre la vida de las colectividades. El hombre es mucho más complejo.

No obstante, estas tentativas de reducir lo múltiple a lo simple, o a lo prácticamente simple, han significado un enriquecimiento sin precedentes, desde hace más de un siglo, de nuestros estudios históricos. Nos han ido colocando progresivamente en la vía de la superación del individuo v del acontecimiento: superación prevista con mucha antelación, presentida, barruntada, pero que, en su plenitud, apenas si acaba de realizarse ante nosotros. Quizá radique ahí el nudo decisivo que implica v resume todas las transformaciones. No quiere esto decir —sería nueril— que neguemos la realidad de los acontecimientos v la función desemneada nor los individuos. Habría, no obstante, que poner de relieve que el individuo constituye en la historia, demasiado a menudo, una abstracción. Jamás se da en la realidad viva un individuo encerrado en sí mismo: todas las aventuras individuales se hasan en una realidad más compleia: una realidad «entrecruzada», como dice la sociología. El problema no reside en negar lo individual bajo pretexto de que es obieto de contingencias, sino de sobrenasarlo, en distinguir-lo de las fuerzas diferentes de él, en reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a la función de los héroes quintaesenciados: no creemos en el culto de todos esos semidioses, o, dicho con mayor sencillez, nos oponemos a la orgullosa frase unilateral de Treitschke: «Los hom-

bres hacen la historia.» No, la historia también hace a los hombres y modela su destino: la historia anónima, profunda y con frecuencia silenciosa, cuyo incierto pero inmenso campo se impone ahora abordar.

La vida, la historia del mundo, todas las historias particulares se nos presentan bajo la forma de una serie de acontecimientos: entiéndase, de actos siempre dramáticos y breves. Una batalla, un encuentro de hombres de Estado, un importante discurso, una carta fundamental, son instantáneas de la historia. Conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificios de luciérnagas fosforescentes: sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la oscuridad permanece victoriosa. Otro recuerdo me permitirá abreviar más aún mi razonamiento. Hace unos veinte años, en América, una película, anunciada con gran antelación, producía sensación sin igual. Se trataba nada menos —anunciábase entonces—, que de la primera película auténtica sobre la Gran Guerra, convertida desde entonces, para nuestra desgracia, en Primera Guerra Mundial. Durante más de una hora pudimos revivir las horas oficiales del conflicto y asistir a cincuenta revistas militares, pasadas las unas por el rey Jorge V de Inglaterra, las otras por el rey de los belgas o por el rey de Italia, por el emperador de Alemania o por el presidente francés Raymond Poincaré. Se nos hizo asistir a la salida de las grandes conferencias diplomáticas y militares, a todo un desfile de personas ilustres pero olvidadas, que el ritmo entrecortado del cine de aquellos lejanos años convertía en todavía más fantasmagóricas e irreales. En cuan-

to a la verdadera guerra, estaba representada por tres o cuatro trucos y explosiones ficticias: un decorado.

El ejemplo es sin duda abusivo, como todos los ejemplos a los que se confiere un poder de enseñanza. Confiécese, sin embargo, que, a menudo, la crónica, la historia tradicional, la historia-relato a la que tan aficionado era Ranke no nos ofrece del pasado y del sudor de los hombres más que imágenes tan frágiles como éstas. Fulgores, pero no claridad; hechos, pero sin humanidad. Adviértase que esta historia-relato pretende siempre contar «las cosas tal y como realmente acaecieron». Ranke creía profundamente en esta frase cuando la pronunció. En realidad, se presenta como una interpretación en cierta manera solapada, como una auténtica filosofía de la historia. Según ella, la vida de los hombres está determinada por accidentes dramáticos: por el juego de seres excepcionales que surgen en ella, dueños muchas veces de su destino y con más razón del nuestro. Y cuando se digna hablar de «historia general», piensa en definitiva en el entrecruzamiento de estos destinos excepcionales, nuestro que es necesario que un héroe tenga en cuenta a otro héroe. Falaz ilusión, como todos sabemos. O digamos, para ser más justos, visión de un mundo demasiado limitado, familiar a fuerza de haber sido rastreado e inquirido, en el que el historiador se complace en medrar: un mundo, para colmo, arrancado de su contexto, en el que con la mejor intención cabría pensar que la historia es un juego monótono, siempre diferente pero siempre semejante, al igual que las mil combinaciones de las piezas de ajedrez: un juego que encausa situaciones siempre análogas, sentimientos eternamente iguales, bajo el imperativo de un eterno e implacable retorno de las cosas.

Nuestra labor consiste precisamente en sobrenasar este primer margen de la historia. Hay que abordar, *en sí mismas y para sí mismas*, las realidades sociales. Entiendo por realidades sociales todas las formas amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales y, por último (y sobre todo), las civilizaciones: realidades todas ellas que los historiadores de ayer no han, ciertamente, ignorado, pero que, salvo excepcionales precursores, han considerado con excesiva frecuencia como tela de fondo, dispuesta tan sólo para explicar —o como si se quisiera explicar— las obras de individuos excepcionales, en torno a quienes se mueve el historiador con soltura.

Inmensos errores de perspectiva y de razonamiento, porque lo que se intenta concordar mediante este procedimiento e inscribir en un mismo marco son movimientos que no tienen ni la misma duración ni la misma dirección, integrándose los unos en el tiempo de los hombres, el de nuestra vida breve y fugaz, los otros en ese tiempo de las sociedades, para el que un día, un año no significan gran cosa, para el que a veces un siglo entero no representa más que un instante de la duración. Entendámonos: no existe un tiempo social de una sola y simple colada, sino un tiempo social susceptible de mil velocidades, de mil lentitudes, tiempo que no tiene prácticamente nada que ver con el tiempo periodístico de la crónica y de la historia tradicional. Creo, por tanto, en la realidad de una historia particularmente lenta de las civilizaciones, entendida en sus profundidades abismales, en sus rasgos estructurales y geográficos. Ciertamente, las civilizaciones son mortales en sus floreceres más exquisitos: cierto, resplandecen y después se anagan para volver a florecer bajo otras formas. Pero estas rupturas son más escasas, más espaciadas, de lo que se

suele creer. Y, sobre todo, no lo destruyen todo por igual. Quiero decir que en un área determinada de civilización el contenido social puede renovarse por entero dos o tres veces sin por ello alcanzar ciertos rasgos profundos de estructura que permanecerán como poderosos distintivos de las otras civilizaciones vecinas. Existe también." por así decirlo, más lenta aún que la historia de las civilizaciones, casi inmóvil, una historia de los hombres en sus íntimas relaciones con la tierra que les sonorta y les alimenta: es un diálogo que no cesa de repetirse, que se repite para durar, susceptible de cambiar —como en efecto cambia— en superficie, pero que prosigue, *tenaz*, como si se encontrara fuera del alcance y de las tarascadas del tiempo.

3

Si no me equivoco, los historiadores empiezan a tomar conciencia, hoy, de una historia nueva, de una historia que pesa y cuyo tiempo no concuerda ya con nuestras antiguas medidas. Esta historia no se les ofrece como un fácil descubrimiento. Cada forma de historia implica, en efecto, una erudición que le corresponde. ¿Me será lícito decir que todos aquellos que se ocupan de destinos económicos, de estructuras sociales y de múltiples problemas —muchas veces de poco interés— de civilizaciones se encuentran frente a investigaciones en comparación con las cuales los trabajos de los eruditos más conocidos del siglo xviii y hasta del xix nos parecen de una asombrosa facilidad? No es posible una historia nueva sin la enorme puesta al día de una documentación que responda a estos problemas. Dudo incluso que el habitual trabajo artesanal del historiador esté a la medida de nuestras ambiciones actuales. A pesar del peligro que esto

pueda representar y de las dificultades que la solución implica, no hay salvación fuera de los métodos de trabajo en equipo.

Por tanto, hay todo un pasado a reconstruir. Interminables tareas se nos proponen y se nos imponen. incluso para las realidades más simples de estas vidas colectivas: me refiero a los ritmos económicos de corta duración de la coyuntura. Consideremos el caso de Florencia. objeto de una crisis bastante aguda de retroceso entre 1580 y 1585. crisis llamada a ahuecarse de prisa para después colmarse de una sola vez. Una serie de investigaciones realizadas en Florencia y sus alrededores lo pone de manifiesto a través de síntomas tan expresivos como las repatriaciones de comerciantes florentinos que dejaron entonces Francia y la Alta Alemania. abandonando a veces sus tiendas —hecho todavía más significativo— para comprarse tierras en Toscana. Esta crisis. tan clara en una primera auscultación. habría que diagnosticarla mejor. establecerla científicamente gracias a unas series coherentes de precios. lo que es aún trabajo local: pero se plantea inmediatamente la cuestión de saber si la crisis es toscana o general. Pronto la encontramos en Venecia. y en Ferrara es fácilmente detectable. Pero, ¿hasta dónde se hizo sentir su rentina herida? Es imposible precisar su naturaleza si no se conoce su área exacta. ¿Se impone. entonces. que el historiador emprenda un viaje hacia todos los depósitos de archivos de Europa para tratar de encontrar series ignoradas. por lo general. por la erudición? ¿Interminable viaje!: pues todo le queda por hacer. Para colmo. si este historiador se preocupa por la India y China y considera que fue el Extremo Oriente quien determinó la circulación de los metales preciosos en el siglo xvi y. por consiguiente. el ritmo del total de la vida económica del mundo, advertirá que a estos años

florentinos de dificultad corresponden, apenas desplazados en el tiempo. años de perturbaciones en Extremo Oriente en lo que al comercio de las especias y de la pimienta se refiere. Este comercio pasa de las débiles manos portuguesas a las de los hábiles mercaderes moros. y más allá de estos viejos habituados del Océano Indico y de la Sonda. a las de los caravaneros de la India. quedando. al final. absorbido el conjunto por el Alta Asia y China. La investigación acaba por su propio impulso, en este terreno tan simple, de dar la vuelta al mundo.

Me dedico. precisamente. con algunos jóvenes historiadores. a estudiar la conjuntura general de siglo xvi y confío poder hablaros de ello un día no muy lejano. ¿Es necesario señalar. a este respecto. que también en este caso es el mundo entero quien reclama nuestra atención? La conjuntura del siglo xvi no es solamente Venecia Lisboa Amberes o Sevilla Lyon o Milán: es también la compleja economía del Báltico. los viejos ritmos del Mediterráneo. las importantes corrientes del Atlántico y las del Pacífico. las Ibéricas. los juncos chinos (y prescindo adrede de muchos otros elementos). Pero hay que insistir también en que la conjuntura del siglo xvi está igualmente constituida por el siglo xv y por el xvii: la determinan no sólo el movimiento de conjunto de los precios sino también el haz variado de estos precios y su comparación. acelerándose unos más que otros. Sin duda es verosímil que los precios del vino y de los bienes inmuebles precedieron en aquel entonces a todos los demás en su carrera regular. Se explicaría. así. a mi entender. de qué manera la tierra absorbió. atraio e inmovilizó la fortuna de los nuevos ricos. Todo un drama social. Por este mismo motivo se explicaría también esa civilización invasora y obstinada de la vid y del vino: al exigir lo los

precios aumentan las flotas de barcos cargados de barriles de vino. en dirección del Norte. a partir de Sevilla. de las costas portuguesas o de la Gironda: crecen de manera análoga esos ríos de carretas. los *carretoni*. que. a través del Breñero. trasladan cada año a Alemania los vinos nuevos del Friul o de las Venecias, vinos turbios que el propio Montaigne paladeó en su lugar de origen.

La historia de las técnicas, la simple historia de las técnicas. por encima de investigaciones inciertas. minuciosas. continuamente interrumpidas —va que el hilo se rompe demasiadas veces entre los dedos o. dicho de otra manera. va que bruscamente faltan los documentos a interrogar — también descubre paisajes amplios en exceso y plantea problemas demasiado vastos. En el siglo XVI. el Mediterráneo. el Mediterráneo considerado en bloque. fue objeto de toda una serie de dramas técnicos. Es entonces cuando la artillería se instala en el estrecho puente de los barcos: v. por cierto. ¡ con qué lentitud! Es entonces cuando sus secretos son transmitidos hacia los altos países del Nilo o el interior del Oriente Medio. con duras consecuencias siempre. Se produce. entonces. un nuevo drama más silencioso. una lenta y curiosa disminución de los tonelajes marítimos. Los cascos se vuelven cada vez más ligeros. Venecia y Ragusa son las patrias de los gruesos cargos: sus veleros de carga desplazan hasta mil toneladas e incluso más. Son los grandes cuernos flotantes del mar. Pero semeiante lujó pronto excede los medios de los que Venecia puede disponer. Contra los gigantes del mar prueban por doquier fortuna los pequeños veleros griegos. provenzales. marseleses o nórdicos. En Marsella. es la época en que triunfan las tartanas. las saetas y las naves minúsculas. Esquifes que cabrían en el hueco de la mano; rara vez re-

basan las cien toneladas. Pera a la hora de la verdad estos barcos de bolsillo dan pruebas de sus posibilidades. El mínimo sonlo de viento les empuja: entran en todos los puertos: cargan en unos cuantos días. en unas cuantas horas. mientras que los barcos de Ragusa tardan semanas y meses en engullir sus cargas.

Uno de estos grandes cargos ragusianos puede anresar a uno de los buques ligeros marseleses. anoderarse de su carga v. tras tirar al agua a la tripulación. hacer desaparecer en un minuto al barco rival: el hecho constituiría un suceso que ilustra. por un instante. la lucha de los grandes contra los pequeños esquifes del mar. Pero incurriríamos en falta si pensáramos que el conflicto se circunscribe al mar interior. Grandes v pequeños pugnan v se devoran sobre los siete mares del mundo. En el Atlántico. su lucha es la más importante del siglo. ¿ Invadirán los ibéricos Inglaterra? Problema planteado antes. con v después de la Armada Invencible. En cuanto a los nórdicos ¿ le meterán el diente a la Península —v estamos ante la expedición de Cádiz— o se contentarán con atacar al Imperio de los ibéricos —v henos ante Drake. Cavendish v muchos otros? Los ingleses noseen la Mancha: los ibéricos. Gibraltar. ¿Cuál de estas dos supremacías es más ventajosa? Pero sobre todo ¿ quién será el vencedor: las pesadas carracas portuguesas v los grandes galeones españoles o los finos veleros del Norte (1.000 toneladas de un lado contra 200. 100 v hasta a veces 50 del otro)? Contienda a menudo desigual. ilustrada por uno de esos grabados de época que muestran a uno de los gigantes ibéricos cercado por una nube de cascos lilinutienses. Los pequeños hostigan a los grandes. los acribillan. Cuando logran anoderarse de ellos. cogen el oro. las piedras preciosas v algunos paquetes de especias para después prender fuego al enorme

e inútil casco. ¿Pero se encuentra la razón oculta de la historia únicamente en este resumen excesivamente claro? Si la resistencia ibérica continúa. se debe a que. a pesar de todo. los convoyes de galeones consiguen pasar prácticamente indemnes. llevados de la mano de Dios —dicen los genoveses— camino de las Antillas. de las que vuelven henchidos de plata: las minas del Nuevo Mundo permanecen al servicio de los dueños ibéricos. La historia de las embarcaciones no constituye una historia en sí. Hay que volver a situarla entre las otras historias que la rodean y la sostienen. De esta forma, la verdad, sin negarse de plano, nos elude una vez más.

Todo problema, cercano a la temática central, no cesa —insisto en ello— de complicarse. de extenderse en superficie y en espesor. de abrir sin término nuevos horizontes de trabajo. Tendré ocasión de decirlo a propósito de la vocación imperial del siglo xvi de la que voy -a tratar este curso y que no se puede —como es de sospechar— adjudicar tan sólo al siglo xvi. Ningún problema se ha dejado nunca encerrar en un sólo marco.

Si abandonamos el terreno de lo económico y de la técnica. si nos aventuramos por el de las civilizaciones. si pensamos en esas insidiosas y casi imperceptibles fisuras que. en el curso de un siglo o dos. se convierten en profundas grietas más allá de las cuales todo cambia en la vida y en la moral de los hombres. si pensamos en esas prestigiosas revoluciones interiores. entonces el horizonte. lento en abrirse paso. se amplía y se complica con más intensidad aún. Un joven historiador italiano. después de recientes prospecciones. lanza la hipótesis de que la idea y la representación de la muerte cambian totalmente hacia la mitad del siglo xvi. Se abre entonces un profundo foso: una muerte celeste, vuelta hacia

el más allá —y apacible—, puerta- ampliamente abierta por la que todo hombre (con alma v cuerno casi por entero) pasa sin crisparse en exceso. esta muerte serena es sustituida por una muerte humana, colocada va bajo el primer signo de la *razón*. Resumo con torneza un debate apasionante. Pero el hecho de que esta nueva muerte. morosa en mostrar su verdadero rostro. nazca o parezca nacer con mucha antelación en los países romanos. orienta la encuesta v nos pone en contacto con esta historia silenciosa pero imperiosa. de las civilizaciones. Navegaremos entonces más allá del habitual decorado de la Reforma. no sin vacilaciones v mediante cautelosas. v nacientes investigaciones. Habrá que leer los: devocionarios v los testamentos. coleccionar los: documentos iconográficos. o consultar en las ciudades. celosas guardianas de sus cartularios. como Venecia. los papeles de los *Inauisitori contra Bestemmie*. esos «archivos negros» del control de las costumbres de inapreciable valor.

Pero no basta, como es sabido, con refugiarse en esta interminable v necesaria prospección de materiales nuevos. Es imprescindible someter estos materiales a métodos. Estos. sin duda. varían —algunos al menos— de un día para otro. Dentro de diez o veinte años. nuestros métodos en economía v en estadística habrán perdido su valor. al mismo tiempo que nuestros resultados. que serán impugnados v rechazados: sírvanos de ejemplo la suerte que hoy corren estudios relativamente recientes. Es necesario que estas informaciones v estos materiales sean vueltos a pensar a la medida del hombre v por debajo de las precisiones que puedan aportar: se trata. en la medida de lo posible. de reencontrar la vida: de mostrar cómo están unidas estas fuerzas. si se codean o chocan brutalmente, cómo con frecuen-

cía mezclan sus aguas furiosas. Hay que recogerlo todo para reinstalarlo en el marco general de la historia, para que, a pesar de las dificultades, de las antinomias y de las contradicciones fundamentales, la unidad de la historia, que es unidad de la vida, sea respetada.

Labor demasiado pesada, se me replicará. Siempre se piensa en las dificultades de nuestro oficio: sin pretender negarlas, ¿puedo permitirme, una vez más y sin que sirva de precedente, poner el acento sobre las insustituibles comodidades que ofrece? Un primer examen nos permite, en efecto, desentrañar lo esencial de una situación en lo que a su «devenir» se refiere. Entre las fuerzas en pugna, somos capaces de distinguir aquellas que triunfarán: discernimos de antemano los acontecimientos importantes, «los que tendrán consecuencias», aquellos a quienes pertenecerá en definitiva el futuro. ¿Inmenso privilegio! ¿Quién se considera capaz de diferenciar en la compleja trama de la vida actual lo duradero de lo efímero? Ahora bien, esta distinción se sitúa en el corazón mismo de la investigación de las ciencias sociales, en el corazón mismo del conocimiento, de los destinos del hombre, en la zona de sus problemas capitales. Como historiadores, nos encontramos, sin esfuerzo, dentro de este debate. ¿Quién puede negar, por ejemplo, que la inmensa cuestión de la continuidad y de la discontinuidad del destino social, que los sociólogos discuten, constituye, en primer lugar, un problema de historia? Si grandes cortes trocean los destinos de la humanidad, si, tras su desgarrro, todo encuentra fundamento en nuevos términos y ninguna de nuestras antiguas herramientas de trabajo o de nuestros pensamientos sirve ya para nada, entonces la realidad de estos cortes pertenece a la historia. ¿Existe o no una excepcional y efímera coincidencia entre todos los di-

versos tiempos de la vida de los hombres? Enorme pregunta. que nos pertenece. Toda progresión lenta se termina un buen día: el tiempo de las verdaderas revoluciones es también el tiempo en que florecen las rosas.

4

Señoras y señores:

La historia ha sido arrastrada a estas orillas quizá peligrosas por la propia vida. Ya lo he dicho: la vida es nuestra escuela. Pero sus lecciones no sólo las ha escuchado la historia: v. tras comprenderlas. no sólo la historia ha sacado sus consecuencias. En realidad. la historia se ha beneficiado. ante todo. del empuje victorioso de las jóvenes ciencias humanas. más sensibles aun que ella a las coventuras del presente. Hemos asistido. desde hace unos cincuenta años. al nacimiento. renacimiento o florecimiento de una serie de ciencias humanas. imperialistas: v. a cada vez. su desarrollo ha significado para nosotros. los historiadores. tropiezos. complicaciones v. más tarde. inapreciables enriquecimientos. Quizá sea la historia la mayor beneficiaría de estos recientes progresos.

¿Es necesario insistir en su deuda hacia la geografía o la economía política. o también la sociología? Una de las obras más fecundas para la historia. quizá incluso la más fecunda de todas. ha sido la de Vidal de la Blache. historiador de origen. geógrafo por vocación. Me atrevería a decir que el *Tableau de la géographie de la France*. aparecido en 1903. en el umbral de la gran historia de Francia de Ernest Lavisse. constituye una de las obras más importantes de la escuela histórica francesa. Bastarán también unas palabras para subrayar todo lo que la historia debe

a la obra capital de Francois Simiand, filósofo convertido en economista y cuyo magisterio en este mismo College de France fue ejercido, por desgracia, demasiados pocos años. Lo que Simiand descubrió sobre las crisis y los ritmos de la vida material de los hombres ha hecho posible la magnífica obra de Ernest Labrousse, la contribución más renovadora para la historia de estos últimos veinte años. Repárese también en todo lo que la historia ha podido retener de la prestigiosa enseñanza de Marcel Mauss, que ha sido una de las auténticas glorias del College de France. Nadie nos ha enseñado a los historiadores mejor que él el arte de estudiar las civilizaciones en sus intercambios y en sus aspectos friables, el arte de seguirlas en sus realidades rudimentarias, fuera de la zona de excelencia o de calidad en la que la historia de antaño, al servicio de todas las estrellas del momento, se ha complacido morosa y exclusivamente. Por último, me siento obligado a recordar todo lo que la sociología de Georges Gurvitch, sus libros y más aún sus deslumbrantes conversaciones, me han aportado personalmente en sugerencias y en nuevas orientaciones.

No es necesario multiplicar los ejemplos para explicar hasta qué punto se ha enriquecido la historia en los últimos años gracias a las adquisiciones de las ciencias vecinas. De hecho, puede decirse que se ha construido de nuevo.

Pero era necesario que los propios historiadores, molestos en función de su formación y —a veces— de sus admiraciones se convencieran de ello. Ocurre con frecuencia que, sometida a la influencia de poderosas y ricas tradiciones, una generación entera atraviese, sin participar en él, el tiempo útil de una revolución intelectual. Pero, por fortuna, existen casi siempre algunos hom-

bres más sensibles y más capacitados que los demás para percibir las orientaciones del pensamiento de su época. No cabe duda que la fundación en 1929 en Estrasburgo por Lucien Febvre y Marc Bloch de los *Annales d'histoire économique et sociale* representó un momento decisivo para la historia francesa. Permítaseme que hable de ellos con admiración y gratitud, puesto que se trata de una obra enriquecida por más de veinte años de esfuerzos y de éxito, de la que no soy más que un artífice de segunda hora.

Nada más fácil hoy que subravar y hacer comprender la originalidad vigorosa del movimiento en sus orígenes. Lucien Febvre escribía en el encabezamiento de su joven revista: «Mientras que los historiadores aplican a los documentos del pasado sus viejos métodos consagrados, hombres cada vez más numerosos dedican con entusiasmo su actividad al estudio de las sociedades y de las economías contemporáneas... Esto sería inmejorable, claro está, si cada cual, en la práctica de una especialización legítima, en el cultivo laborioso de su jardín, se esforzara, no obstante, en mantenerse al corriente de la labor del vecino. Pero los muros son tan altos que muy a menudo impiden ver. Y, sin embargo, ¡cuántas sugerencias inapreciables respecto del método y de la interpretación de los hechos, qué enriquecimientos culturales, qué progresos en la intuición surgirían entre los diferentes grupos gracias a intercambios intelectuales más frecuentes! El porvenir de la historia... depende de estos intercambios, como también de la correcta intelección de los hechos que mañana serán historia. Contra estos temibles cismas pretendemos levantarlos...»

Repetiríamos hoy sin ningún reparo estas palabras, que aún no han convencido a todos los historiadores individualmente, pero que, no obstante, han marcado —lo admita o no — a toda

la joven generación. Lo admita o no, ya que los *Annales* han sido acogidos, al igual que todo lo que tiene fuerza, al mismo tiempo con vigorosos entusiasmos y con hostilidades obstinadas, mas . han tenido y continúan teniendo a su favor la lógica de nuestro oficio, la evidencia de los hechos y el incomparable privilegio de encontrarse en la vanguardia de la investigación, incluso cuando esta investigación resulta aventurada.

No es necesario que hable aquí ante un público de historiadores, de este largo y múltiple combate. Tampoco tengo que insistir sobre la amplitud y la diversidad y la riqueza de la obra de mi ilustre predecesor: todo el mundo conoce los trabajos de Lucien Febvre sobre *Philippe II et la Franche-Comté*, *La terre et l'évolution humaine*, *Le Rhin*, *Luther*, su ^{magnum opus} sobre *Rabelais et l'incroyance religieuse au XVI siècle*, y el tan fino estudio, último en aparecer, sobre *Marguerite de Navarre*. Insistiré, por el contrario, sobre los innumerables artículos y las innumerables cartas que constituyen —lo digo sin vacilar— su más amplia contribución intelectual y humana al pensamiento y a las controversias de su época. En ellos abordó con libertad todos los temas, todas las tesis, todos los puntos de vista, con esta alegría de descubrir y de hacer descubrir a la que nadie que haya estado verdaderamente en contacto con él ha podido permanecer insensible. No creo que nadie sea capaz de establecer la cuenta exacta de todas las ideas que Febvre ha prodigado y difundido de esta forma; y no siempre le hemos alcanzado en sus ágiles viajes.

Sólo él hubiera sido capaz, sin duda, de fijar nuestro camino en medio de los conflictos y de los acuerdos de la historia con las ciencias sociales vecinas. Nadie mejor que él ha estado en

disposición de devolvemos la confianza en nuestro oficio, en su eficacia. «Vivir la historia»: éste es el título de uno de sus artículos, un hermoso título y al mismo tiempo todo un programa. La historia nunca sirvió para él un juego de erudición estéril, una especie de arte por el arte, de erudición que se bastaría a sí misma. Siempre la consideró como una explicación del hombre y de lo social a partir de esa coordenada inapreciable, sutil y compleja —el tiempo— que sólo los historiadores sabemos manejar y sin la cual ni las sociedades ni los individuos del pasado o del presente pueden recuperar el ritmo y el calor de la vida.

Ha sido, sin duda, providencial para la historia francesa que Lucien Febvre, al mismo tiempo que demostraba una rara sensibilidad para los conjuntos, para la historia total del hombre, considerada bajo todos sus aspectos, al mismo tiempo que comprendía con lucidez las nuevas posibilidades de la historia, permaneciera sensible, con la cultura refinada de un humanista, y fuera capaz de expresarlo con vigor, todo lo que hay de particular y de único en cada aventura individual del espíritu.

Todos somos conscientes del peligro que entraña una historia social: olvidar, en beneficio de la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre bregando con su propia vida, con su propio destino; olvidar, negar quizá, lo que en cada individuo hay de irremplazable. Porque inmugnar el papel considerable que se ha querido atribuir a algunos hombres abusivos en la génesis de la historia no equivale ciertamente a negar la grandeza del individuo considerado como tal, ni el interés que en un hombre pueda despertar el destino de otro hombre.

Como decía hace un momento, los hombres, in-

cluso los más grandes, no nos aparecen ya tan libres e indeterminados como a nuestros predecesores en el oficio histórico: mas no por ello disminuye el interés que su vida despierta: más bien al contrario. Y la dificultad no radica en conciliar en el plano de los principios la necesidad de la historia individual y de la historia social: la dificultad reside en ser *capaz* de tener sensibilidad para ambas al mismo tiempo y en conseguir anasionarse por una de ellas sin por ello olvidar a la otra. Es un hecho que la historiografía francesa, introducida por Lucien Febvre por el camino de los destinos colectivos, no se ha desinteresado jamás, ni por un momento, de las cumbres del espíritu. El propio Lucien Febvre ha vivido con pasión y obstinación junto a Lutero, Rabelais, Michelet, Proudhon y Stendhal: una de sus originalidades consiste precisamente en no haber renunciado jamás a la compañía de estos auténticos príncipes. Pienso, en particular, en el más brillante de sus libros, en *Luther* en el que sospecho que por un instante aspiró a ofrecer el espectáculo de un hombre verdaderamente libre, dueño de su propio destino y del destino de la historia. Por este motivo siguió sus nasos tan sólo durante los primeros años de su vida rebelde y creadora, hasta el día en que se cierran sobre él, de manera implacable, el destino de Alemania y el de su siglo.

No creo que esta ardiente pasión por el espíritu haya dado lugar en Lucien Febvre a una contradicción. A sus ojos, la historia continúa siendo una empresa prodigiosamente abierta. Resistió siempre al deseo, no obstante natural, de atar el haz de sus nuevas riquezas. ¿Acaso construir no supone siempre restringir? Por esta razón, si no me equivoco, todos los grandes historiadores de nuestra generación, los más grandes y por consiguiente los más poderosamente individuali-

zados, se han sentido a sus anchas a la luz y en el impulso de su pensamiento. No es necesario que insista sobre las oposiciones que existen entre las obras capitales. cada una a su manera. de Marc Bloch. de Georges Lefebvre. de Marcel Bataillon. de Ernest Labrousse. de André Piganiol, de Augustin Renaudet. Y. no obstante. todas ellas se concilian sin esfuerzo con esa historia vislumbrada, y más tarde conscientemente propuesta, hace más de veinte años.

Quizá sea ese haz de posibilidades el que confiere su fuerza a la escuela histórica francesa de hoy. ¿Escuela francesa? Un francés apenas se atreve a pronunciar esta palabra: v. si la pronuncia. se percata en el acto de tantas divergencias internas que vacila en repetirla. Y. sin embargo. vista desde el extranjero. nuestra situación no parece tan compleja. Un joven profesor inglés escribía hace poco: «En el caso de que una nueva inspiración deba penetrar en nuestro trabajo histórico. lo más probable es que nos venga de Francia: parece como si Francia estuviera llamada a desempeñar en este siglo el papel que Alemania desempeñó en el precedente...» No es necesario insistir en que juicios de este tipo sólo pueden aportarnos aliento y orgullo. Nos confieren también la sensación de una excepcional responsabilidad, la inquietud de no mostrarnos dignos de la confianza que se nos concede.

Señor administrador, queridos colegas, saben ustedes muy bien que este desasosiego que parece sobrecogerme en los últimos instantes de mi conferencia me acompañaba ya incluso desde antes de haber pronunciado la primera palabra. ¿A quién no le causaría. en efecto. ansiedad el entrar a formar parte del College de France? Menos mal que la tradición es una buena consejera: ofrece, por lo menos, tres refugios. Leer la con-

ferencia; y es la primera vez en mi vida, lo confieso, que me resigno a ello. ¡ Buena prueba de mi confusión! Eludir el compromiso tras la presentación de un programa, al amparo de sus ideas más apreciadas: ciertamente, pero la nautilla no todo lo tana. Por último, hacer alusión a las amistades y a las simpatías, a fin de sentirse menos solo. Esas simpatías y esas amistades están todas ellas presentes en mi recuerdo agradecido: simpatías activas de mis colegas de la École Pratique des Hautes Études, a donde fui llamado hace ya casi diez años: simpatías activas de mis colegas historiadores, mayores que yo y contemporáneos míos, sobre todo en la Sorbona, en donde he tenido tanto placer en conocer, bajo su amparo, la juventud de nuestros estudiantes. Por último, otras, muy queridas, velan aquí por mí.

He sido conducido a esta casa por la excesiva benevolencia de Augustin Renaudet y de Marcel Bataillon. Sin duda porque, a pesar de mis defectos, pertenezco a la estrecha patria del siglo xvi y he querido mucho y sigo queriendo a la Italia de Augustin Renaudet y a la España de Marcel Bataillon. No han reparado en el hecho de que fuera, con relación a ellos, un visitante del atardecer: la España de Felipe II no es ya la de Erasmo, la Italia de Tiziano o del Caravaggio no se ilumina ya con las antorchas de la Florencia de Lorenzo el Magnífico y de Miguel Ángel. ¡ El crepúsculo del siglo xvi! Lucien Febvre acostumbraba a hablar de los tristes hombres de después de 1560. Hombre tristes, sin duda, aquellos hombres, expuestos a todos los golpes, a todas las sorpresas, a todas las traiciones de los otros hombres y de la suerte, a todas las amarguras, a todas las rebeldías inútiles. A su alrededor, y en ellos mismos, tantas guerras inexpia-

bles... Pero, por desgracia, esos hombres tristes se parecen a nosotros como hermanos.

Gracias a ustedes, queridos colegas, ha sido preservada la cátedra de historia de la civilización moderna y me incumbe el honor de asegurar su continuidad. Amistades, simpatías, buena voluntad, interés por una labor que se siente en el fondo de uno mismo no pueden impedir que se tema, con toda conciencia y sin falsa humildad, el suceder a un hombre sobre quien reposa todavía hoy la inmensa tarea que he definido al margen de sus libros, en los derroteros mismos de su pensamiento incansable: a nuestro gran y querido Lucien Febvre, gracias a quien, durante años, se hizo oír de nuevo, para mayor gloria de esta casa, la voz de Jules Michelet, a la que se hubiera podido creer callada para siempre.

2 A favor de una economía histórica

¿Los resultados conseguidos por las investigaciones de historia económica son ya lo suficientemente densos como para que sea lícito, en teoría al menos, rebasarlos y desentrañar, más allá de los casos particulares, reglas tendenciales? Dicho en otros términos: ¿puede el esbozo de una economía histórica, atenta a los amplios conjuntos, a lo general, a lo permanente, ser de utilidad a las investigaciones económicas, a las soluciones de amplios problemas actuales o, lo que es más, a la formulación de estos problemas? Los físicos se troniezan de cuando en cuando con dificultades cuya solución sólo la pueden encontrar los matemáticos en virtud de sus reglas particulares. ¿Nos encontraríamos nosotros, los historiadores, en análoga posición respecto de nuestros colegas economistas? La comparación es sin duda demasiado ventajosa. Supongo que si se aspira a ob-

Fernand Braudel: «Pour une économie historique», *La Revue Économique*, 1950, I, mayo, págs. 37-44

tener una imagen más modesta, y quizá más exacta. habría que compararnos a esos viajeros que van tomando nota de los accidentes del camino y de los colores del paisaje y a los que la advertencia de semejanzas y de similitudes movería a recurrir. para salir de dudas. a amigos geógrafos. Tenemos la sensación. en efecto. en el curso de nuestros viajes a través del tiempo de los hombres. de haber adivinado realidades económicas. las unas estables. las otras fluctuantes. dotadas o no de ritmo. ¿Se trata de ilusiones. de comprobaciones inútiles o. por el contrario. de trabajo ya válido? No podemos juzgarlo nosotros solos.

Tengo. pues. la impresión de que puede y debe entablarse un diálogo entre las diferentes ciencias humanas: sociología. historia. economía. Como consecuencia de ese diálogo. cada una de estas ciencias humanas podría experimentar conmociones. Estoy. de antemano. dispuesto a acoger a estas conmociones en lo que a la historia se refiere: y. por consiguiente. no trato o no soy capaz de definir un método en estas pocas líneas que he aceptado escribir. no sin aprensión. para la *Revue Économique*. Pretendo. todo lo más. poner de relieve algunas cuestiones sobre las que desearía que los economistas volvieran a reflexionar. a fin de que. a su regreso a la historia. las encontráramos transformadas. aclaradas. ampliadas. o. quizá. a la inversa. devueltas a la nada (pero incluso en este caso se trataría de un progreso. de un paso adelante). No es necesario insistir en que no pretendo plantear todos los problemas. y ni siquiera los problemas esenciales que sacarían provecho de un examen confrontado de ambos métodos. el histórico y el económico. Se podrían enunciar miles de ellos. Pero me limitaré. en este caso. a algunos que me preocupan personalmente y sobre los que he tenido oca-

sión de reflexionar en la práctica del oficio de historiador. Quizá se aproximen a las preocupaciones de algunos economistas, aunque nuestros puntos de vista me siguen pareciendo muy alejados unos de otros.

1

Se piensa siempre en las dificultades del oficio de historiador. Sin pretender negarlas, permítaseme insistir, por una vez, en sus insustituibles ventajas. Podemos, en efecto, en un primer examen, desentrañar lo esencial de una situación histórica en lo que a su porvenir se refiere. Discernimos entre las diferentes líneas de fuerza cuáles serán las triunfadoras. Distinguimos de antemano los acontecimientos importantes, los que han de tener consecuencias, aquellos a los que, en definitiva, pertenece el futuro. ¡ Inmenso privilegio! ¡ Quién, en efecto, sería *canaz*, en la compleja urdimbre de hechos de la vida actual, de distinguir con tantos visos de seguridad lo duradero de lo efímero? A los ojos de los contemporáneos los hechos se presentan, por desgracia con excesiva frecuencia, en un mismo plano de importancia: y los muy grandes acontecimientos constructores del futuro hacen tan poco ruido — llegan sobre patas de tórtola, decía Nietzsche — que es difícil adivinar su presencia. De ahí el esfuerzo de un Colin Clark añadiendo a los datos actuales de la economía proféticas prolongaciones hacia el porvenir, en la pretensión de distinguir de antemano las corrientes esenciales de acontecimientos que fabrican y arrastran a nuestra vida.

Lo que primero percibe el historiador es, pues, la trona de acontecimientos vencedores en la rivalidad de la vida: pero estos acontecimientos se vuelven a colocar y se ordenan en el marco de

múltiples posibilidades contradictorias, entre las que la vida ha realizado finalmente una selección; por una posibilidad que se ha realizado decenas, centenas y millares de ellas, demasiado humildes o demasiado secretas para imponerse de golpe a la historia, se han esfumado. Conviene, no obstante, tratar de reintroducirlas, porque estos movimientos derrotados representan las fuerzas múltiples, materiales e inmateriales, que en cada instante han frenado los grandes impulsos de la evolución, retrasado su florecimiento y puesto a veces un término prematuro a su carrera. Es indispensable conocerlos.

Diremos, pues, que es necesario que los historiadores vayan contra corriente, reaccionen contra las facilidades del oficio y no se limiten a estudiar el progreso, el movimiento vencedor, sino también su opuesto, esa proliferación de experiencias contrarias cuya derrota exigió muchos esfuerzos —cabe decir, en una sola palabra, la *inercia*, en el caso de que no se confiara a este término ningún valor peyorativo. En cierta manera, Lucien Febvre estudia en su *Rabelais* un problema de este tipo cuando se pregunta si la incredulidad que tan gran porvenir tenía reservado —para precisar el ejemplo, yo diría incluso la incredulidad reflexiva, de raigambre intelectual— era una especulación posible en la primera mitad del siglo xvi, si el utillaje mental del siglo (entiéndase su inercia frente a la incredulidad) autorizaba su nacimiento y su clara formulación.

Volvemos a encontrar —y, por lo general, más claramente planteados, si no más fáciles de resolver— estos problemas de inercia, de frenazos, en el terreno económico. ¿No se ha descrito acaso bajo los nombres de capitalismo, de economía internacional, de *Welwirtschaft* (con todo lo que el término arrastra consigo de turbio y de rique-

za en el pensamiento alemán) evoluciones de nunta. superlativos v. a menudo. excenciones? En su magnífica historia de los cereales en la Grecia clásica. Alfred Jardé. desnúes de haber soñado con las formas «modernas» del comercio de los granos. con los negociantes de Aleiandría. dueños de iugosos tráficos. imagina a un pastor del Pelononeso o de Enira que vive de su tierra. de sus olivos. v que los días de fiesta mata a un cochinito de su propio rebaño: ejemplo de miles v miles de economías cerradas o semicerradas. al margen de la economía internacional de su tiempo. v que. a su manera. determinan la expansión v los ritmos. ¿Inercias? También hav aquellas que en cada edad imponen sus medios. su poder. sus velocidades. mejor dicho. sus lentitudes relativas. Todo estudio del pasado debe necesariamente comportar una minuciosa medida de lo que. en una determinada época. afecta exactamente a su vida: obstáculos geográficos. obstáculos técnicos. obstáculos sociales administrativos. Para precisar mi pensamiento. ¿me será lícito decir. confidencialmente. que si yo emprendiera el estudio —que me tienta— de la Francia de las Guerras de Religión. partiría de una impresión que puede parecer en una primera aproximación arbitraria. pero que estov seguro que no lo es? Los nocos recorridos que he nodido hacer a través de esa Francia me han hecho imaginarla como a la China de entre las dos guerras mundiales: un inmenso país en el que los hombres se pierden. tanto más cuanto que la Francia del siglo XVI no tiene la superabundancia demográfica del mundo chino: en cualquier caso. la imagen de un gran espacio dislocado por la guerra nacional v extranjera es válida. En ambos casos existen ciudades sitiadas v atemorizadas. matanzas. disolución de ejércitos flotantes entre provincias, dislocaciones regionales, reconstruc-

ciones, milagros, sorpresas. Repárese que no digo que fuera posible mantener durante mucho tiempo la comparación, hasta el final del estudio, sino que es de ella de donde habría que partir: de un estudio de ese clima de vida, de esa inmensidad, de los frenazos innumerables que surgen para comprender todo el resto, incluidas la economía y la política.

Estos ejemplos no plantean el problema. Lo presentan, no obstante, en sus aspectos fundamentales. Todas las existencias, todas las experiencias, son prisioneras de una envoltura demasiado gruesa para ser rota de un solo golpe: límite de poder de un utillaje que sólo permite ciertos movimientos, por no decir ciertas reacciones o innovaciones metodológicas. Grueso límite, desesperante y razonable a la vez, bueno o malo, que impide tanto lo mejor como lo peor, hablando en moralista. Actúa casi siempre contra el progreso social más indispensable: pero también puede ocurrir que frene la guerra —nieto en el siglo xvi con sus luchas ahogadas, entrecortadas de pausas— o que impida el nado, como ocurrió en el mismo siglo xvi, en el que las actividades de producción están desmenuzadas en organismos minúsculos y numerosos, de una asombrosa resistencia a las crisis.

Este estudio de los límites, de las inercias —investigación indispensable, o que debería serlo, para el historiador obligado a tener en cuenta realidades de antaño a las que conviene devolver su verdadera medida—. ¿acaso no pertenece también a la jurisdicción del economista en sus tareas más actuales? La civilización económica de hoy tiene sus límites, sus momentos de inercia. Sin duda a un economista le resulta difícil extraer estos problemas de su contexto histórico o social. Pero a él le incumbe, no obstante, decirnos cómo formularlos de la mejor manera, o

si no demostrarnos por qué se trata de falsos problemas. sin interés. Un economista al que yo interrogaba recientemente. me respondía que para el estudio de estos frenazos. de estas viscosidades. de estas resistencias. contaba sobre todo con los historiadores. No es seguro. Me atrevería a afirmar que existen ahí. por el contrario. elementos económicos, a menudo discernibles y mensurables, aunque sólo sea en la duración.

2

El historiador tradicional presta atención al tiempo breve de la historia: el de las biografías y de los acontecimientos. Ese tiempo no es. en absoluto. el que interesa a los historiadores economistas o sociales. Las sociedades. las civilizaciones. las economías y las instituciones políticas viven a un ritmo menos precipitado. No llamará la atención de los economistas que nos han suministrado nuestros métodos en este terreno el que a nuestra vez hablemos de ciclos. de inter-ciclos. de movimientos periódicos. cuya fase va de cinco a diez. veinte. treinta y hasta cincuenta años. Pero aún en este caso se trata. desde nuestro punto de vista, de una historia de ondas cortas.

Por debajo de estas ondas, en el campo de los fenómenos de tendencia (la tendencia secular de los economistas) se instala. con imperceptibles inclinaciones. una historia de muy largos períodos. una historia lenta en deformarse y. por consiguiente. en no darse de manifiesto a la observación. Es a ella a la que designamos en nuestro imperfecto lenguaje bajo el nombre de historia estructural (*structurale*). oponiéndose ésta menos a una historia episódica (*évenementielle*) que a una historia coyuntural (*conioncturale*) de ondas relativamente cortas. Se puede imaginar

las discusiones y los requerimientos que podrían provocar estas pocas líneas. .

Pero supongamos que estas discusiones han sido superadas y que esa historia en profundidad ha sido, si no definida, por lo menos suficientemente aprehendida. Es también una historia económica (la demografía con sus telemandamientos a través del tiempo constituiría una buena —incluso una excesivamente buena— prueba de ello). Pero las amplias oscilaciones estructurales de la economía sólo se pueden registrar válidamente en el caso de que se disponga de una muy larga serie retrospectiva de documentación, de preferencia estadística. Bien es sabido que no suele ser éste el caso, sino que trabajamos y especulamos por lo general sobre series relativamente breves y particulares, como las series de precios y salarios. ¿No convendría, sin embargo, examinar sistemáticamente el pasado, bien o poco conocido, en amplias unidades de tiempo, no ya por años o decenios, sino por siglos enteros?

En el supuesto de que existieran entidades, zonas económicas de límites relativamente fijos, ¿no sería más eficaz aplicar un método geográfico de observación? Parece preferible describir, más que las etapas sociales del capitalismo, por ejemplo, para parafrasear el bello título de una luminosa comunicación de Henri Pirenne, las etapas geográficas del capitalismo, o, más ampliamente aún, promover sistemáticamente en nuestros estudios de historia investigaciones de geografía económica: en una palabra, ver cómo se registran en espacios económicos dados las ondas y las perinecias de la historia. He tratado, sin lograrlo por mis únicos medios, de mostrar lo que podría ser, a fines del siglo xvi, la vida del Mediterráneo. Uno de nuestros buenos investigadores, M. A. Rémond, está a punto de concluir estudios sobre la Francia del siglo xviii y de

mostrar cómo la economía francesa se desprende entonces del Mediterráneo a pesar del incremento de los tráficos, para volverse hacia el Océano: este movimiento de torsión sususo importantes transformaciones en lo relativo a rutas, mercados y ciudades. Creo también que todavía a principios del siglo xix' Francia estaba compuesta por una serie de Francias provinciales con sus círculos de vida bien organizados y que, vinculadas conjuntamente por la política y los intercambios, se comportaban una con relación a la otra como naciones económicas, con rasgos como describen los manuales y, por tanto, con desplazamientos de numerario para reequilibrar la balanza de cuentas. Esta geografía, con las modificaciones aportadas por un siglo fértil en innovaciones, puede constituir en el caso francés un plan válido de investigación y una manera de alcanzar, en espera de mejor, esas capas de historia lenta cuya vista nos es encubierta por sus espectaculares modificaciones y crisis.

Por otra parte, las perspectivas largas de la historia sugieren, de manera quizá falaz, que la vida económica obedece a grandes ritmos. Las gloriosas ciudades de la Italia medieval, cuya decadencia no señalará brutalmente el siglo xvi, establecieron en un principio muy a menudo su fortuna sobre la base de los beneficios de los transportes terrestres o marítimos. Esto ocurrió tanto con Asti como con Venecia y Genova. Vino después la actividad comercial, y más tarde la industrial. Finalmente, tardía culminación, la actividad bancada. A la inversa, la decadencia afectó sucesivamente, a muy largos intervalos a veces —y no sin retrocesos—, a los transportes, al comercio, a la industria, dejando subsistir por mucho tiempo aún las funciones bancarias. En el siglo xviii, Venecia y Genova continúan siendo lugares de colocación de dinero.

No afirmo que este esquema, simplificado en exceso, sea perfectamente exacto: pero en este momento trato de sugerir más que de demostrar. Para complicarlo y aproximarlo a lo real, habría que mostrar que cada nueva actividad corresponde al derribo de una barrera, a un obstáculo vencido. Habría que indicar, asimismo, que estos ascensos y descensos no son líneas demasiado simples, que están enturbiadas —como debe ser— por mil interferencias parasitarias. Habría que mostrar, también, que estas fases sucesivas, desde los transportes a la banca, no surgen por ruptura brusca. En el punto de partida, como una simiente que contiene una planta virtual, cada economía urbana implica en diversos estadios todas las actividades, algunas todavía en estado embrionario. Finalmente, existiría un riesgo evidente en pretender deducir una ley de un ejemplo y en suponer que se llega a conclusiones a propósito de estos Estados en miniatura que fueron las ciudades italianas en la Edad Media (¿una microeconomía?) en servirse de este ejemplo para explicar, *a priori*, las experiencias de hoy. El salto resulta demasiado peligroso para darlo sin preocupaciones.

No obstante, ¿no podrían los economistas, una vez más, ayudarnos? ¿Tenemos o no razón en ver en los transportes y en lo que suponen (precios, rutas, técnicas) una especie de motor decisivo *a la larga*: y existe o no, para utilizar un término astronómico, una *precesión* de ciertos movimientos económicos sobre otros, no en la única y exigua duración de los ciclos e interciclos, sino en muy largos períodos?

Otro problema que nos parece capital: el de lo *continuo* v de lo *discontinuo*. para hablar el lenguaje de los sociólogos. La controversia que provoca proviene quizá del hecho de que raramente se tiene en cuenta la pluralidad del tiempo histórico. El tiempo que nos arrastra, arrastra también —aunque de manera diferente— sociedades v civilizaciones cuya realidad nos sobrenasa, porque la duración de su vida es mucho más larga que la nuestra v porque los jalones, las etapas, hacia la decrecitud nunca son las mismas para ellas v para nosotros. El tiempo que es el nuestro —el de nuestra experiencia, de nuestra vida, el tiempo que trae nuevamente a las estaciones v que hace florecer a las rosas— señala el transcurso de nuestra edad v cuenta también, pero con un ritmo muy diferente, las horas de existencia de las diversas estructuras sociales. No obstante, por mucho que tarden en envejecer, también ellas cambian. Terminan por morir.

Ahora bien, en lenguaje histórico, una *discontinuidad* social no es otra cosa que una de esas rupturas estructurales, fracturas de profundidad, silenciosas, indoloras, según se nos dice. Se nace en un estado de lo social (es decir, al mismo tiempo, una mentalidad, unos marcos, una civilización v concretamente una civilización económica) que varias generaciones han conocido antes que nosotros: pero todo puede derrumbarse antes de que termine nuestra vida. De ahí interferencias y sorpresas.

Este paso de un mundo a otro es el mayor drama humano sobre el que querríamos que la luz se hiciera. Cuando Sombart v Savours discuten para saber cuándo nace el capitalismo moderno es una ruptura de este tipo lo que buscan, sin pronunciar la palabra y sin encontrar la fecha

perentoria. No deseo que se nos dé una filosofía de estas catástrofes (o de la catástrofe falsamente tónica que es la caída del mundo romano, susceptible de ser estudiada como los militares alemanes estudiaron la batalla de Cannas), sino un estudio de iluminación múltiple de la discontinuidad. Los sociólogos discuten va de ella, los historiadores la están descubriendo: ¿ueden los economistas pensar en ello? ¿Han tenido ocasión, como nosotros, de encontrar el agudo pensamiento de Ignace Meyerson? Estas rupturas en profundidad tronzan uno de los grandes destinos de la humanidad, su destino fundamental. Todo lo que lleva sobre su impulso se derrumba, o al menos se transforma. Si, como es posible, acabamos de atravesar una de estas zonas decisivas, ninguna de nuestras herramientas, ninguno de nuestros pensamientos o de nuestros conceptos de aver vale para mañana y toda enseñanza basada en una vuelta ilusoria a valores antiguos está caducada. La economía política que asimilamos —como pudimos— a las lecciones de nuestros maestros, no nos servirá va en nuestra vejez. Pero precisamente, ¿no tienen los economistas nada que decir, incluso a costa de hipótesis de estas discontinuidades estructurales? ¿Nada que decirnos?

Como se ve, lo que nos parece indispensable para un resurgimiento de las ciencias humanas no es tanto cualquier gestión particular como la institución de un inmenso debate general: debate que nunca se ha de cerrar, claro está, puesto que la historia de las ideas, comprendida la historia de la historia, es también un ser vivo, dotado de vida propia, independiente de la de los seres humanos que la alientan. Nada más tentador —pero más radicalmente imposible— que la ilusión de reducir lo social, tan complejo y tan desconcertante, a una única línea de explicación. Reconstituir con tiempos diferentes y órdenes de hechos

diferentes la unidad de la vida constituye nuestro oficio y también nuestro tormento: el oficio de nosotros los historiadores, que junto con los sociólogos, somos los *únicos* en tener derecho de mirada sobre *todo* lo humano. «La historia es el hombre», según la fórmula de Lucien Febvre. Pero cuando tratamos de reconstituir al hombre hace falta que reinstalemos juntas las realidades emparentadas que se unen y viven a un mismo ritmo. Si no, el *puzzle* estará deformado. Poner frente a frente historia estructural e historia coyuntural, equivale a deformar una explicación, o, si se vuelve uno hacia los acontecimientos, a recortar en punta una explicación: las correlaciones hay que buscarlas entre masas semejantes, en cada nivel: primera preocupación, primeras investigaciones, primeras especulaciones. Más tarde, de planta en planta, se reconstituirá el edificio como se pueda.

3 La larga duración

Hay una crisis general de las ciencias del hombre: todas ellas se encuentran abrumadas por sus propios progresos, aunque sólo sea debido a la acumulación de nuevos conocimientos y a la necesidad de un trabajo colectivo cuya organización inteligente está todavía por establecer: directa o indirectamente, todas se ven afectadas, lo quieran o no, por los progresos de las más ágiles de entre ellas, al mismo tiempo que continúan, no obstante, bregando con un humanismo retrógrado e insidioso, incapaz de servirles ya de marco. A todas ellas, con mayor o menor lucidez, les preocupa el lugar a ocupar en el conjunto monstruoso de las antiguas y recientes investigaciones, cuya necesaria convergencia se vislumbra hoy.

El problema está en saber cómo superarán las ciencias del hombre estas dificultades: si a tra-

Fernand Braudel: «Histoire et sciences sociales: la longue durée», *Annales E.S.C.*, n. 4, oct.-dic. 1958, Débats et Combats, págs. 725-753.

vés de un esfuerzo suplementario de definición o, por el contrario, mediante un incremento de mal humor. En todo caso, se preocupan hoy más que ayer (a riesgo de insistir machaconamente sobre problemas tan viejos como falsos) de definir sus objetivos, métodos y superioridades. Se encuentran comprometidas, a porfía, en embrollados pleitos respecto de las fronteras que pueden o no existir entre ellas. Cada una sueña, en efecto, con quedarse en sus dominios o con volver a ellos. Algunos investigadores aislados organizan acercamientos: Claude Lévi-Strauss empuja a la antropología «estructural» hacia los procedimientos de la lingüística, los horizontes de la historia «inconsciente» y el imperialismo juvenil de las matemáticas «cualitativas». Tiende hacia una ciencia *canaz* de unir, bajo el nombre de *ciencia de la comunicación*, a la antropología, a la economía política y a la lingüística. Pero ¿quién está preparado para franquear fronteras y prestarse a reagrupaciones en el momento en que la geografía y la historia se encuentran al borde del divorcio?

Mas no seamos injustos; estas querellas y estas repulsas tienen su interés. El deseo de afirmarse frente a los demás da forzosamente pie a nuevas curiosidades: negar al prójimo supone conocerle previamente. Más aún. Sin tener explícita voluntad de ello, las ciencias sociales se imponen las unas a las otras: cada una de ellas intenta captar lo social en su «totalidad»: cada una de ellas se entromete en el terreno de sus vecinas, en la creencia de permanecer en el propio. La economía descubre a la sociología, que la cerca; y la historia —quizá la menos estructurada de las ciencias del hombre— acenta todas las lecciones que le ofrece su múltiple vecindad y se esfuerza por repercutilas. De esta forma, a pesar de las reticencias, las oposiciones y las tranquilas ignorancias, se va esbozando la insta-

lación de un «mercado común»; es una experiencia que merece la pena de ser intentada en los próximos años, incluso en el caso de que a cada ciencia le resulte con posterioridad más conveniente volverse a aventurar, durante un cierto tiempo, por un camino más estrictamente personal.

Pero de momento urge acercarse unos a otros. En Estados Unidos, esta reunión se ha realizado bajo la forma de investigaciones colectivas respecto de las áreas culturales del mundo actual: en efecto, los *area studies* son, ante todo, el estudio por un equipo de *social scientists* de los monstruos políticos de la actualidad: China, la India, Rusia, América Latina, Estados Unidos. Se impone conocerlos. Pero es imprescindible, con motivo de esta puesta en común de técnicas y de conocimientos, que ninguno de los participantes permanezca, como la víspera, sumido en su propio trabajo, ciego y sordo a lo que dicen, escriben o piensan los demás. Es igualmente imprescindible que la reunión de las ciencias sea completa, que no se menosprecie a la más antigua en provecho de las más jóvenes, capaces del prometer mucho, aunque no siempre de cumplir mucho. Se da el caso, por ejemplo, que el lugar concedido en estas tentativas americanas a la geografía es prácticamente nulo, siendo el de la historia extremadamente exiguo. Y, además, ¿de qué historia se trata?

Las demás ciencias sociales están bastante mal informadas de la crisis que nuestra disciplina ha atravesado en el curso de los veinte o treinta últimos años y tienen tendencia a desconocer, al mismo tiempo que los trabajos de los historiadores, un aspecto de la realidad social del que la historia es, si no hábil vendedora, al menos sí buena servidora: la duración social, esos tiem-

pos múltiples y contradictorios de la vida de los hombres que no son únicamente la sustancia del pasado, sino también la materia de la vida social actual. Razón de más para subravar con fuerza, en el debate que se inicia entre todas las ciencias del hombre, la importancia y la utilidad de la historia, o, mejor dicho, en la dialéctica de la duración, tal y como se desprende del oficio y de la reiterada observación del historiador: para nosotros, nada hay más importante en el centro de la realidad social que esta viva e íntima oposición, infinitamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transcurrir. Tanto si se trata del pasado como si se trata de la actualidad, una consciencia neta de esta pluralidad del tiempo social resulta indispensable para una metodología común de las ciencias del hombre.

Hablaré, pues, largamente de la historia, del tiempo de la historia. Y menos para los historiadores que para nuestros vecinos, especialistas en las otras ciencias del hombre: economistas, etnógrafos, etnólogos (o antropológicos), sociólogos, psicólogos, lingüistas, demógrafos, geógrafos y hasta matemáticos sociales y estadísticos: vecinos todos ellos de cuyas experiencias e investigaciones nos hemos ido durante muchos años informando porque estábamos convencidos —y lo estamos aún— de que la historia, remolcada por ellos o por simple contacto, había de aclararse con nueva luz. Quizá haya llegado nuestro turno de tener algo que ofrecerles. Una noción cada vez más precisa de la multiplicidad del tiempo y del valor excencional del tiempo largo se va abriendo paso —consciente o no consciente, acentada o no acentada— a partir de las experiencias y de las tentativas recientes de la historia. Es esta última noción, más que la propia historia —historia de muchos semblantes—, la que tendría que interesar a las ciencias sociales, nuestras vecinas.

1. Historia y duraciones

Todo trabajo histórico descompone al tiempo pasado y escoge entre sus realidades cronológicas según preferencias y exclusivas más o menos conscientes. La historia tradicional, atenta al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento, desde hace largo tiempo nos ha habituado a su relato precipitado, dramático, de corto aliento,

La nueva historia económica y social coloca en primer plano de su investigación la oscilación cíclica y anuesta por su duración: se ha dejado embaucar por el esneismo —y también por la realidad— de las alzas y caídas cíclicas de precios. De esta forma, existe hoy, junto al relato (o al «recitativo») tradicional, un recitativo de la covuntura que para estudiar al pasado lo divide en amplias secciones: decenas, veintenas o cincuentenas de años.

Muy por encima de este segundo recitativo se sitúa una historia de aliento mucho más sostenido todavía, y en este caso de amplitud secular: se trata de la historia de larga, incluso de muy larga, duración. La fórmula, buena o mala, me es hoy familiar para designar lo contrario de aquello que Francois Simiand, uno de los primeros después de Paul Lacombe, bautizó con el nombre de historia de los acontecimientos o episódica (*évenementielle*). Poco importan las fórmulas: pero nuestra discusión se dirigirá de una a otra, de un polo a otro del tiempo, de lo instantáneo a la larga duración.

No quiere esto decir que ambos términos sean de una seguridad absoluta. Así, por ejemplo, el término *acontecimiento*. Por lo que a mí se refiere, me gustaría encerrarlo, aprisionarlo, en la corta duración: el acontecimiento es explosivo, tonante. Echa tanto humo que llena la conciencia

de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte su llama.

Los filósofos dirían, sin duda, que afirmar esto equivale a vaciar el contenido de una gran parte de su sentido. Un acontecimiento puede, en rigor, cargarse de una serie de significaciones y de relaciones. Testimonia a veces sobre movimientos muy profundos: y por el mecanismo, facticio o no, de las «causas» y de los «efectos», a los que tan aficionados eran los historiadores de aver, se anexiona un tiempo muy superior a su propia duración. Extensible hasta el infinito, se une, libremente o no, a toda una cadena de sucesos, de realidades subvacantes, inseparables aparentemente, a partir de entonces, unos de otros. Gracias a este mecanismo de adiciones, Benedetto Croce podía pretender que la historia entera y el hombre entero se incorporan, y más tarde se redescubren a voluntad, en todo acontecimiento: a condición, sin duda, de añadir a este fragmento lo que no contiene en una primera aproximación, y a condición, por consiguiente, de conocer lo que es o no es justo agregarle. Este juego inteligente y peligroso es el que las recientes reflexiones de Jean-Paul Sartre proponen.

Entonces, expresémoslo más claramente que con el término de episódico: el tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia: el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. Ahora bien, téngase en cuenta que la crónica o el periódico ofrecen, junto con los grandes acontecimientos llamados históricos, los mediocres accidentes de la vida ordinaria: un incendio, una catástrofe ferroviaria, el precio del trigo, un crimen, una representación teatral, una inundación. Es, pues, evidente que existe un tiempo corto de todas las formas de la vida: económico, social, literario, institucional,

religioso e incluso geográfico (un vendaval, una tempestad) tanto como político.

El pasado está, pues, constituido, en una primera anrehensión, por esta masa de hechos menudos, los unos resplandecientes, los otros oscuros e indefinidamente repetidos: precisamente aquellos hechos con los que la microsociología o la sociometría forman en la actualidad su botón cotidiano (también existe una microhistoria). Pero esta masa no constituye toda la realidad, todo el espesor de la historia, sobre el que la reflexión científica puede trabajar a sus anchas. La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones.

Este es el motivo de que exista entre nosotros, los historiadores, una fuerte desconfianza hacia una historia tradicional, llamada historia de los acontecimientos: etiqueta que se suele confundir con la de historia política no sin cierta inexactitud: la historia política no es forzosamente episódica ni está condenada a serlo. Es un hecho, no obstante, que —salvo algunos cuadros artificiosos, casi sin espesor temporal, con los que en³ trecortaba sus relatos y salvo algunas explicaciones de larga duración que resultaban, en definitiva, ineludibles— la historia de estos últimos cien años, centrada en su conjunto sobre el drama de los «grandes acontecimientos», ha trabajado en y sobre el tiempo corto. Quizá se tratara del rescate a pagar por los progresos realizados durante este mismo período en la conquista científica de instrumentos de trabajo y de métodos rigurosos. El descubrimiento masivo del documento ha hecho creer al historiador que en la autenticidad documental estaba contenida toda la verdad. «Basta —escritura muy recientemente⁴ aún Louis Halphen — con dejarse llevar en cierta manera por los documentos, leídos uno tras

otro, tal y como se nos ofrecen, para asistir a la reconstitución automática de la cadena de los hechos.» Este ideal. «la historia inciniente». culmina hacia finales del siglo xix en una crónica de nuevo estilo que. en su prurito de exactitud. sigue paso a paso la historia de los acontecimientos. tal y como se desprende de la correspondencia de los embajadores o de los debates parlamentarios. Los historiadores del siglo xviii y de principios del xix habían sido mucho más sensibles a las perspectivas de la larga duración. la cual sólo los grandes espíritus como Michelet. Ranke. Jacobo Burckhardt o Fustel supieron redescubrir más tarde. Si se acenta que esta superación del tiempo corto ha supuesto el mayor enriquecimiento —al ser el menos común — de la historiografía de los últimos cien años. se comprenderá la eminente función que han desempeñado tanto la historia de las instituciones como la de las religiones y la de las civilizaciones. y. gracias a la arqueología que necesita grandes espacios cronológicos. la función de vanguardia de los estudios consagrados a la antigüedad clásica. Fueron ellos quienes, ayer, salvaron nuestro oficio.

La reciente ruptura con las formas tradicionales del siglo xix no ha supuesto una ruptura total con el tiempo corto. Ha obrado. como es sabido. en provecho de la historia económica y social y en detrimento de la historia política. En consecuencia. se han producido una conmoción y una renovación innegables: han tenido lugar. inevitablemente. transformaciones metodológicas. desplazamientos de centros de interés con la entrada en escena de una historia cuantitativa que. con toda seguridad. no ha dicho aún su última palabra.

Pero, sobre todo, se ha producido una altera-

ción del tiempo histórico tradicional. Un día, un año, nodían parecerle a un historiador político de aver medidas correctas. El tiempo no era sino una suma de días. Pero una curva de precios, una progresión demográfica, el movimiento de salarios, las variaciones de la tasa de interés, *el* estudio (más soñado que realizado) de la producción o un análisis riguroso de la circulación exigen medidas mucho más amplias.

Aparece un nuevo modo de relato histórico —cabe decir el «recitativo» de la covuntura, del ciclo y hasta del «interciclo»— que ofrece a nuestra elección una decena de años, un cuarto de siglo y, en última instancia, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff. Por ejemplo, si no se tienen en cuenta breves y superficiales accidentes, hay un movimiento general de subida de precios en Europa de 1791 a 1817: en cambio, los precios bajan de 1817 a 1852: este doble y lento movimiento de alza y de retroceso representa un interciclo completo para Europa y casi para el mundo entero. Estos períodos cronológicos no tienen, sin duda, un valor absoluto. Con otros barómetros —los del crecimiento económico y de la renta o del producto nacional— François De-
rroux⁵ nos ofrecería otros límites quizá más válidos. ¡ Pero poco importan estas discusiones e: curso! El historiador dispone con toda seguridad de un tiempo nuevo, realizado a la altura de una explicación en la que la historia puede tratar de inscribirse, recortándose según unos puntos de referencia inéditos, según curvas y su propia respiración.

Así es como Ernest Labrousse y sus discípulos han puesto en marcha, desde su manifiesto del Congreso histórico de Roma (1955), una amplia encuesta social bajo el signo de la cuantificación. No creo traicionar su designio afirmando que esta encuesta está abocada

forzosamente a culminar en la determinación de covunturas (v hasta de estructuras) sociales: v nada nos asegura de antemano que esta covuntura haya de tener la misma velocidad o la misma lentitud que la económica. Además, estos dos grandes personajes —covuntura económica v covuntura social— no nos deben hacer perder de vista a otros actores, cuya marcha resultará difícil de determinar v será quizá indeterminable a falta de medidas precisas. Las ciencias, las técnicas, las instituciones políticas, los utillajes mentales v las civilizaciones (por emplear una palabra tan cómoda) tienen también su ritmo de vida v de crecimiento: v la nueva historia coyuntural sólo estará a punto cuando haya completado su orquesta.

Este recitativo debería haber conducido, lógicamente, por su misma superación, a la larga duración. Pero, por multitud de razones, esta superación no siempre se ha llevado a cabo v asistimos hoy a una vuelta al tiempo corto, quizá porque parece más urgente coser juntas la historia «cíclica» v la historia corta tradicional que seguir avanzando hacia lo desconocido. Dicho en términos militares, se trata de consolidar posiciones adquiridas. El primer gran libro de Ernest Labrousse, en 1933, estudiaba el movimiento ge-⁶neral de los precios en Francia en el siglo xviii, movimiento secular. En 1943, en el más importante libro de historia aparecido en Francia en el curso de estos últimos veinticinco años, el mismo Ernest Labrousse cedía a esa exigencia de vuelta a un tiempo menos embarazoso, reconociendo en la depresión misma de 1774 a 1791 una de las más vigorosas fuentes de la Revolución Francesa, una de sus rampas de lanzamiento. Aún así, estudiaba un semiinterciclo, medida relativamente amplia. La ponencia que presentó al Congreso internacional de París, en 1948, *Comment naissent les révolutions?*, se esforzaba, esta vez,

en vincular un patetismo económico de corta duración (nuevo estilo) a un patetismo político (muy viejo estilo). el de las jornadas revolucionarias. Hemos de nuevo v hasta el cuello en el tiempo corto. Claro está. la operación es lícita v útil: pero ¡ qué sintomática! El historiador se presta de buena gana a ser director de escena. ¿Cómo habría de renunciar al drama del tiempo breve, a los mejores hilos de un muy viejo oficio?

Más allá de los ciclos y de los interciclos está lo que los economistas llaman. aunque no siempre lo estudien. la tendencia secular. Pero el tema sólo interesa a unos cuantos economistas: v sus consideraciones sobre las crisis estructurales. que no han soportado todavía la prueba de las verificaciones históricas. se presentan como unos esbozos o unas hipótesis apenas sumidos en el pasado reciente: hasta 1929 v como mucho hasta la década de 1870⁷. Representan. sin embargo. una útil introducción a la historia de larga duración. Constituyen una primera llave.

La segunda. mucho más útil. es la palabra *estructura*. Buena o mala. es ella la que domina los problemas de larga duración. Los observadores de lo social entienden por *estructura* una organización. una coherencia. unas relaciones suficientemente fijas entre realidades v masas sociales. Para nosotros. los historiadores. una estructura es indudablemente un ensamblaje. una arquitectura: pero. más aún. una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar v en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia. la entornecen v. por tanto. determinan su transcurrir. Otras. por el contrario. se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas. constituyen. al mismo tiempo. sostenes y obstáculos.

En tanto que obstáculos, se presentan como límites (*envolventes*. en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, y hasta determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración.

Parece que el ejemplo más accesible continúa todavía siendo el de la coacción geográfica. El hombre es prisionero, desde hace siglos, de los climas, de las vegetaciones, de las poblaciones animales, de las culturas, de un equilibrio lentamente construido del que no puede apartarse sin correr el riesgo de volverlo a poner todo en tela de juicio. Considérese el lugar ocupado por la trashumancia de la vida de montaña, la permanencia en ciertos sectores de la vida marítima, arraigados en puntos privilegiados de las articulaciones litorales: repárese en la duradera implantación de las ciudades, en la persistencia de las rutas y de los tráficos, en la sorprendente fijeza del marco geográfico de las civilizaciones.

Las mismas permanencias o supervivencias se dan en el inmenso campo de lo cultural. El magnífico libro de Ernst Robert Curtius⁸ constituye el estudio de un sistema cultural que prolonga, deformándola, la civilización latina del Bajo Imperio, abrumada a su vez por una herencia de mucho peso: la civilización de las *élites* intelectuales ha vivido hasta los siglos xiii y xiv, hasta el nacimiento de las literaturas nacionales, nutriéndose de los mismos temas, las mismas comparaciones y los mismos lugares comunes. En una línea de pensamiento análoga, el estudio de Lucien Febvre *Rabelais et le problème de l'incrédulité au XVI siècle*, pretende precisar el utillaje

mental del pensamiento francés en la época de Rabelais. ese conjunto de concepciones que, mucho antes de Rabelais. y mucho después de él. ha presidido las artes de vivir. de pensar y de creer y ha limitado de antemano. con dureza. la aventura intelectual de los espíritus más libres.

El tema tratado por Alphonse Dupront¹⁰ aparece también como una de las más nuevas investigaciones de la Escuela histórica francesa: la idea de Cruzada es considerada. en Occidente. después del siglo XIV —es decir. con mucha posterioridad a la «verdadera» cruzada—. como la continuidad de una actitud de larga duración que. repetida sin fin. atraviesa las sociedades. los mundos y los psiquismos más diversos. y alcanza con un último reflejo a los hombres del siglo XIX. El libro de Pierre Francastel, *Peinture et Société* subraya^u en un terreno todavía próximo. a partir de los principios del Renacimiento florentino. la permanencia de un espacio pictórico «geométrico» que nada había va de alterar hasta el cubismo y la pintura intelectual de principios de nuestro siglo. La historia de las ciencias también conoce universos construidos que constituyen otras tantas explicaciones imperfectas pero a quienes les son concedidos por lo general siglos de duración. Sólo se les rechaza tras un muy largo uso. El universo aristotélico no fue prácticamente impugnado hasta Galileo. Descartes y Newton: se desvanece entonces ante un universo profundamente geometrizado que. a su vez. había de derrumbarse. mucho más tarde. ante las revoluciones científicas.¹²

nas .

Por una paradoja sólo aparente. la dificultad estriba en descubrir la larga duración en un terreno en el que la investigación histórica acaba de obtener innegables éxitos: el económico. Ciclos interciclos y crisis estructurales encubren aquí las regularidades y las permanencias de sistemas o. como también se

ha dicho, de civilizaciones económicas¹³; es decir, de viejas costumbres de pensar o de obrar, de marcos resistentes y tenaces a veces contra toda lógica.

Pero mejor es razonar sobre un ejemplo, rápidamente analizado. Consideremos, muy próximo a nosotros, en el marco de Europa, un sistema económico que se inscribe en algunas líneas y reglas generales bastante claras: se mantiene en vigor aproximadamente desde el siglo xiv al siglo xviii —digamos, para mayor seguridad, que hasta la década de 1750. Durante siglos, la actividad económica depende de poblaciones demográficamente frágiles, como lo demuestran los grandes reflujo de 1350-1450 y sin duda de 1630-1730¹⁴. A lo largo de siglos, la circulación asiste al triunfo del agua y de la navegación, al constituir cualquier espesor continental un obstáculo, una inferioridad. Los auge europeos, salvo excepciones que confirman la regla (ferias de Champagne, va en decadencia al iniciarse el período, o ferias de Leipzig en el siglo xviii), se sitúan a lo largo de franjas litorales. Otras características de este sistema: la primacía de mercaderes y comerciantes; el papel eminente desempeñado por los metales preciosos, oro, plata, e incluso cobre, cuyos choques incesantes sólo serán amortiguados, al desarrollarse decisivamente el crédito a finales del siglo xvi; las repetidas dentelladas de las crisis agrícolas estacionarias; la fragilidad, cabe decir, de la base misma de la vida económica; la función, por último, desproporcionada a primera vista, de uno o dos grandes tráfico exteriores: el comercio del Levante del siglo xii al siglo xvi, el comercio colonial en el siglo xviii.

He definido así —o mejor dicho he evocado a mi vez desnues de algunos otros— los rasgos fundamentales, para Europa Occidental, del capitalismo comercial, etapa de larga duración. Estos cuatro o cinco siglos de vida económica, a

pesar de todas las evidentes transformaciones, noseveron una *cierta* coherencia hasta la conmoción del siglo xviii y la revolución industrial de la que todavía no hemos salido. Estuvieron caracterizados por una serie de rasgos comunes que permanecieron inmutables mientras que a su alrededor, entre otras continuidades, miles de rupturas y de conmociones renovaban la faz del mundo.

Entre los diferentes tiempos de la historia, la larga duración se presenta, pues, como un personaje embarazoso, completo, con frecuencia inédito. Admitirla en el seno de nuestro oficio no puede representar un simple juego, la acostumbrada ampliación de estudios y de curiosidades. Tampoco se trata de una elección de la que la historia sería la única beneficiaría. Para el historiador, aceptarla equivale a prestarse a un cambio de estilo, de actitud, a una inversión de pensamiento, a una nueva concepción de lo social. Equivale a familiarizarse con un tiempo frenado, a veces incluso en el límite de lo móvil. Es lícito desprenderse en este nivel, pero no en otro —volveré sobre ello— del tiempo exigente de la historia, salirse de él para volver a él más tarde pero con otros ojos, cargados con otras inquietudes, con otras preguntas. La totalidad de la historia puede, en todo caso, ser replanteada como a partir de una infraestructura en relación a estas capas de historia lenta. Todos los niveles, todos los miles de niveles, todas las miles de fragmentaciones del tiempo de la historia, se comprenden a partir de esta profundidad, de esta semiinmovilidad; todo gravita en torno a ella.

No pretendo haber definido, en las líneas precedentes, el oficio de historiador sino una concepción del mismo. Feliz —y muy ingenuo también— quien crea, después de las tempestades de los

últimos años, que hemos encontrado los verdaderos principios. los límites claros. la buena Escuela. De hecho. todos los oficios de las ciencias sociales no cesan de transformarse en razón de sus propios movimientos y del dinámico movimiento de conjunto. La historia no constituye una excepción. No se vislumbra. pues. ninguna quietud: y la hora de los discípulos no ha sonado todavía. Mucho hay de Charles Víctor Langlois y de Charles Seignobos a Marc Bloch: pero desde Marc Bloch la rueda no ha cesado de girar. Para mí. la historia es la suma de todas las historias posibles: una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana.

El único error, a mi modo de ver, radicaría en escoger una de estas historias a expensas de las demás. En ello ha consistido —y en ello consistiría— el error historizante. No será fácil. va se sabe. convencer de ello a todos los historiadores. y menos aún a las ciencias sociales. empujadas en arrinconarnos en la historia tal como era en el pasado. Exigirá mucho tiempo y mucho esfuerzo que todas estas transformaciones y novedades sean admitidas bajo el viejo nombre de historia. Y no obstante. una «ciencia histórica» nueva ha nacido y continúa interrogándose y transformándose. En Francia. se anuncia desde 1900 con la *Revue de Synthèse historique* y con los *Annales* a partir de 1929. El historiador ha pretendido preocuparse por *todas* las ciencias del hombre. Este hecho confiere a nuestro oficio extrañas fronteras y extrañas curiosidades. Por lo mismo. no imaginemos que existen entre el historiador y el observador de las ciencias sociales las barreras y las diferencias que antes existían. Todas las ciencias del hombre. comprendida la historia. están contaminadas unas por otras. Hablan o pueden hablar el mismo idioma.

Ya se coloque uno en 1558 o en el año de gracia de 1958. para quien pretenda cantar el mundo. se trata de definir una jerarquía de fuerzas. de corrientes y de movimientos particulares: y más tarde. de recobrar una constelación de conjunto. ; En cada momento de esta investigación. es necesario distinguir entre movimientos largos y empujes breves. considerados estos últimos en sus fuentes inmediatas y aquellos en su proyección de un tiempo lejano. El mundo de 1558. tan desahuciable desde el punto de vista francés. no nació en el umbral de ese año sin encanto. Y lo mismo ocurre. siempre visto desde el punto de vista francés. con el difícil año de 1958. Cada «actualidad» reúne movimientos de origen y de ritmo diferente: el tiempo de hoy data a la vez de ayer. de anteaño. de antaño.

2. La controversia del tiempo corto

Estas verdades son. claro está. triviales. A las ciencias sociales no les tienta en absoluto. no obstante. la búsqueda del tiempo perdido. No quiere esto decir que se les pueda reprochar con firmeza este desinterés y se les pueda declarar siempre culpables por no aceptar la historia o la duración como dimensiones necesarias de sus estudios. Aparentemente. incluso nos reservan una buena acogida: el examen «diacrónico» que reintroduce a la historia no siempre está ausente de sus preocupaciones teóricas.

Una vez apartadas estas aquiescencias. se impone sin embargo admitir que las ciencias sociales. por gusto. por instinto profundo y quizá por formación. tienen siempre tendencia a prescindir de la explicación histórica: se evaden de ello mediante dos procedimientos casi opuestos: el uno «sucesualiza» o. si se quiere. «actualiza» en exce-

so los estudios sociales, mediante una sociología empírica que desdeña a todo tipo de historia y que se limita a los datos del tiempo corto y del trabajo de campo: el otro rebasa simplemente al tiempo, imaginando en el término de una «ciencia de la comunicación» una formulación matemática de estructuras casi intemporales. Este último procedimiento, el más nuevo de todos, es con toda evidencia el único que nos pueda interesar profundamente. Pero lo episódico (*événementiel*) tiene todavía un número suficiente de partidarios como para que valga la pena examinar sucesivamente ambos aspectos de la cuestión.

He expresado ya mi desconfianza respecto de una historia que se limita simplemente al relato de los acontecimientos o sucesos. Pero seamos justos: si existe recado de abusiva y exclusiva preocupación por los acontecimientos, la historia, principal acusada, no es ni mucho menos, la única culpable. Todas las ciencias sociales incurren en este terror. Tanto los economistas como los demógrafos y los geógrafos están divididos —y mal divididos— entre el pasado y el presente: la prudencia exigiría que mantuvieran igualados los dos platillos de la balanza, cosa que resulta evidente para el demógrafo y que es casi evidente para los geógrafos (en particular para los franceses, formados en la tradición de Vidal de la Blache): pero, en cambio, es cosa muy rara de encontrar entre los economistas, prisioneros de la más corta actualidad y encarcelados entre un límite en el pasado que no va más atrás de 1945 y un presente que los planes y previsiones prolongan en el inmediato porvenir algunos meses y —todo lo más— algunos años. Sostengo que todo pensamiento económico se encuentra bloqueado por esta restricción temporal. A los historiadores les corresponde, dicen los economistas, remontarse más allá de 1945, en búsqueda de viejas economías; pero al aceptar esta restric-

ción, los economistas se privan a sí mismos de un extraordinario campo de observación. del que prescindan por su propia voluntad sin por ello negar su valor. El economista se ha acostumbrado a ponerse al servicio de lo actual, al servicio de los gobiernos.

La posición de los etnógrafos y de los etnólogos no es tan clara ni tan alarmante. Bien es verdad que algunos de ellos han subvalorado la imposibilidad (pero a lo imposible están sometidos todos los intelectuales) y la inutilidad de la historia en el interior de su oficio. Este rechazo autoritario de la historia no ha servido sino para mermar la aportación de Malinowski y de sus discípulos. De hecho, es imposible que la antropología, al ser —como acostumbra a decir Claude Lévi-strauss¹⁵— la aventura misma del espíritu, se desinterese de la historia. En toda sociedad, por muy tosca que sea, cabe observar las «garras del acontecimiento»: de la misma manera, no existe una sola sociedad cuya historia haya naufragado por completo. A este respecto, sería un error por nuestra parte el quejarnos o el insistir.

Nuestra controversia será, por el contrario, bastante enérgica en las fronteras del tiempo corto, frente a la sociología de las encuestas sobre lo actual y de las encuestas en mil direcciones, entre sociología, psicología y economía. Dichas encuestas proliferan en Francia y en el extranjero. Constituyen, a su manera, una apuesta reiterada a favor del valor insustituible del tiempo presente, de su calor «volcánico», de su copiosidad. ¿Para qué volverse hacia el tiempo de la historia: embobrecido, simplificado, asolado por el silencio, reconstruido, digo bien, *reconstruido*? Pero, en realidad, el problema está en saber si este tiempo de la historia está tan muerto y tan reconstruido como dicen. Indudablemente el historia-

dor demuestra una excesiva facilidad en desentrañar lo esencial de una época pasada: en términos de Henri Pirenne, distingue sin dificultad los «acontecimientos importantes» (entiéndase: «aquellos que han tenido consecuencias»). Se trata, sin ningún género de dudas, de un peligroso procedimiento de simplificación. Pero ¿qué no daría el viajero de lo actual por poseer esta perspectiva en el tiempo, susceptible de desenmascarar y de simplificar la vida presente, la cual resulta confusa y poco legible por estar anegada en gestos y signos de importancia secundaria? Lévi-Strauss pretende que una hora de conversación con un contemporáneo de Platón le informaría, en mucho mayor grado que nuestros típicos discursos, sobre la conciencia o incoherencia de la civilización de la Grecia clásica. Estoy totalmente de acuerdo. Pero esto obedece a que, a lo largo de años, le ha sido dado oír cientos de voces griegas salvadas del silencio. El historiador le ha preparado el viaje. Una hora en la Grecia de hoy no le enseñaría nada o casi nada sobre las coherencias o incoherencias actuales.

Más aún, el encuestador del tiempo presente sólo alcanza las «finas» tramas de las estructuras a condición de *reconstruir* también él, de anticipar hipótesis y explicaciones, de rechazar lo real tal y como es percibido, de truncarlo, de superarlo: operaciones todas ellas que permiten escapar a los datos para dominarlos mejor pero que —todas ellas sin excepción— constituyen reconstrucciones. Dudo que la fotografía sociológica del presente sea más «verdadera» que el cuadro histórico del pasado, tanto menos cuanto más alejada pretenda estar de lo reconstruido.

Philippe Aries¹⁷ ha insistido sobre la importancia del factor desorientador, del factor sorpresa en la explicación histórica: se tronieza uno, en el siglo xvi, con una extrañeza; extrañeza para

uno que es hombre del siglo xx. ¿Por qué esta diferencia? El problema está planteado. Pero a mi modo de ver la sorpresa, la desorientación, el alejamiento y la perspectiva —insustituibles métodos de conocimiento todos ellos— son igualmente necesarios para comprender aquello que nos rodea tan de cerca que es difícil vislumbrarlo con claridad. Si uno pasa un año en Londres, lo más probable es que llegue a conocer muy mal Inglaterra. Pero, en comparación, a la luz de los asombros experimentados, comprenderá bruscamente algunos de los rasgos más profundos y originales de Francia, aquellos que no se conocen a fuerza de conocerlos. Frente a lo actual, el pasado confiere, de la misma manera, perspectiva.

Los historiadores y los *social scientists* podrían, pues, seguir devolviéndose la pelota hasta el infinito a propósito del documento muerto y del testimonio demasiado vivo, del pasado lejano y de la actualidad próxima en exceso. No creo que resida en ello el problema fundamental. Presente y pasado se aclaran mutuamente, con luz recíproca. Y si la observación se limita a la estricta actualidad, la atención se dirigirá hacia lo que se mueve de prisa, hacia lo que sobresale con razón o sin ella, hacia lo que acaba de cambiar, hace ruido o se none inmediatamente de manifiesto. Una monótona sucesión de hechos y de acontecimientos, tan enfadosa como la de las ciencias históricas, acecha al observador apresurado, tanto si se trata del etnógrafo que durante tres meses se preocupa por una tribu polinesia como si se trata del sociólogo industrial que «descubre» los tónicos de su última encuesta o que cree, gracias a unos cuestionarios hábiles y a las combinaciones de fichas perforadas, delimitar perfectamente un mecanismo social. Lo social es una liebre mucho más esquivia.

¿Qué interés puede merecer, en realidad, a las

ciencias del hombre los desplazamientos —de los que trata una amplia y seria encuesta sobre la ^{Region parisina que tiene que circundar una} joven entre su domicilio en el XVI ^{eme} *arrondissement*, el domicilio de su profesor de música y la Facultad de Ciencias Políticas? Cabe hacer con ellos un bonito mapa. Pero bastaría con que esta joven hubiera realizado estudios de agronomía o practicado el ski acuático para que todo cambiara en estos viajes triangulares. Me alegra ver representada en un mapa la distribución de los domicilios de los empleados de una gran empresa: pero si carezco de un mapa anterior a esta distribución, si la distancia cronológica entre los puntos señalados no basta para permitir inscribirlo todo en un verdadero movimiento, no existirá la problemática a falta de la cual una encuesta no es sino un esfuerzo inútil. El interés de estas encuestas por la encuesta estriba, todo lo más, en acumular datos: teniendo en cuenta que ni siquiera serán válidos todos ellos *inso facto* para trabajos *futuros*. Desconfiemos, pues, del arte por el arte.

De la misma manera, dudo que el estudio de una ciudad, cualesquiera que ésta sea, pueda convertirse en objeto de una encuesta sociológica, como ocurre en los mapas de Auxerre y de Vienne en el Delfinado, de no haber sido inscrito en la duración histórica. Toda ciudad, sociedad en tensión con crisis, cortes, averías y cálculos necesarios propios, debe ser situada de nuevo tanto en el complejo de las campos que la rodean como en el de esos archipiélagos de ciudades vecinas de las que el historiador Richard Hanks fue el primero en hablar: por consiguiente, en el movimiento más o menos alejado en el tiempo —a veces muy alejado en el tiempo— que alienta a este complejo. Y no es indiferente, sino por el contrario esencial, al constatar un determinado intercambio entre el campo y la

ciudad o una determinada rivalidad industrial o comercial. el saber si se trata de un movimiento joven en pleno impulso o de una última bocanada, de un lejano resurgir o de un nuevo y monótono comienzo.

Unas palabras para concluir: Lucien Febvre, durante los últimos diez años de su vida. ha renetido: «historia. ciencia del pasado. ciencia del presente». La historia. dialéctica de la duración. ¿no es acaso. a su manera. explicación de lo social en toda su realidad v. nor tanto. también de lo actual? Su lección vale en este aspecto como nuestra en guardia contra el acontecimiento: no pensar tan sólo en el tiempo corto. no creer que sólo los sectores que meten ruido son los más auténticos; también los hay silenciosos. Pero, ¿vale la pena recordarlo?

3. Comunicación y matemáticas sociales

Quizá havamos cometido un error al detenernos en demasía en la agitada frontera del tiempo corto. donde el debate se desenvuelve en realidad sin gran interés v sin sorpresas útiles. El debate fundamental está en otra parte. allí donde se encuentran aquellos de nuestros vecinos a los que arrastra la más nueva de las ciencias sociales bajo el doble signo de la «comunicación» y de la matemática.

Pero no ha de ser fácil situar a estas tentativas con respecto al tiempo de la historia. a la que. al menos en apariencia. escapan nor entero. Pero, de hecho, ningún estudio social escapa al tiempo de la historia.

En esta discusión, en todo caso, conviene que el lector. si quiere seguirnos (tanto si es para aprobarnos como si es para contradecir nuestro

punto de vista), sopesese, a su vez, uno por uno, los términos de su vocabulario. no enteramente nuevo. claro está. pero sí recogido y reiuvenecido en nuevas discusiones que tienen lugar ante nuestros oídos. Evidentemente. nada hay que decir de nuevo sobre el acontecimiento o la larga duración. Poca cosa sobre las *estructuras*, aunque la *palabra* y la *cosa* no se encienden al disparo²¹ de las discusiones y de las incertidumbres. Inútil también discutir mucho sobre los conceptos de *sincronía* y de *diacronía*: se definen por sí mismos. aunque su función. en un estudio concreto de lo esencial. sea menos fácil de cerner de lo que aparenta. En efecto. en el lenguaje de la historia (tal y como yo lo imagino) no puede en absoluto haber sincronía perfecta: una suspensión instantánea que detenga todas las duraciones es prácticamente un absurdo en sí o —lo que es lo mismo— muy artificioso: de la misma manera. un descenso según la pendiente del tiempo sólo es imaginable bajo la forma de una multiplicidad de descensos, según los diversos e innumerables ríos del tiempo.

Estas breves precisiones y puestas en guardia bastarán por el momento. Pero hay que ser más explícito en lo que concierne a la *historia inconsciente*. a los *modelos*. a las *matemáticas sociales*. Además. estos comentarios. cuya necesidad se impone. se reúnen —o espero que no tardarán en reunirse— en una problemática común a las ciencias sociales.

La *historia inconsciente* es, claro está, la historia de las formas inconscientes de lo social. «Los hombres hacen la historia pero ignoran que la hacen»²². La fórmula de Marx esclarece en cierta manera. pero no resuelve. el problema. De hecho. es una vez más. todo el problema del tiempo corto. del «microtiempo». de los acontecimientos. el que se nos vuelve a plantear con un nombre nue-

vo. Los hombres han tenido siempre la impresión, viviendo su tiempo, de cantar día a día su desenvolvimiento. ¿Es esta historia consciente, abusiva, como muchos historiadores, desde hace tiempo va, coinciden en pensar? No hace mucho que la lingüística creía poderlo deducir todo de las palabras. En cuanto a la historia, se forjó la ilusión de que todo podía ser deducido de los acontecimientos. Más de uno de nuestros contemporáneos se inclinaría de buena gana a pensar que todo proviene de los acuerdos de Yalta o de Potsdam, de los accidentes de Dien-Bien-Fu o de Sakhiet-Sidi-Yussef, o de este otro acontecimiento —de muy distinta importancia, es verdad— que constituyó el lanzamiento de los *sputniks*. La historia inconsciente transcurre más allá de estas luces, de sus flashes. Admítase, pues, que existe a una cierta distancia, un inconsciente social. Admítase, además, en espera de algo mejor, que este inconsciente sea considerado como más rico científicamente que la superficie relampagueante a la que están acostumbrados nuestros ojos: más rico científicamente, es decir, más simple, más fácil de explotar, si no de descubrir. Pero el reparto entre superficie clara y profundidades oscuras —entre ruido y silencio— es difícil, aleatorio. Añadamos que la historia «inconsciente» —terreno a medias del tiempo coyuntural y terreno por excelencia del tiempo estructural— es con frecuencia más netamente percibida de lo que se quiere admitir. Todos nosotros tenemos la sensación, más allá de nuestra propia vida, de una historia de masa cuyo poder y cuyo empuje son, bien es verdad, más fáciles de percibir que sus leves o su duración. Y esta conciencia no data únicamente de ayer (así, por ejemplo, en lo que concierne a la historia económica), aunque sea hoy cada vez más viva. La revolución —porque se trata, en efecto, de una revolución en espíritu— ha consistido en abordar de frente esta semios-

curidad, en hacerle un sitio cada vez más amplio al lado —por no decir a expensas— de los acontecimientos.

En esta prospección en la que la historia no está sola (no hace, nor el contrario, más que seguir en este camino y adantar a su uso los puntos de vista de las nuevas ciencias sociales), han sido construidos nuevos instrumentos de conocimiento y de investigación, tales como —más o menos perfeccionados, a veces artesanales todavía— los *modelos*. Los modelos no son más que hipótesis, sistemas de explicación sólidamente vinculados según la forma de la ecuación o de la función: esto iguala a aquello o determina aquello. Una determinada realidad sólo aparece acompañada de otra, y entre ambas se nonen de manifiesto relaciones estrechas y constantes. El modelo establecido con sumo cuidado permitirá, pues, encausar, además del medio social observado —a partir del cual ha sido, en definitiva, creado—, otros medios sociales de la misma naturaleza, a través del tiempo y del espacio. En ello reside su valor recurrente. Éstos sistemas de explicaciones varían hasta el infinito según el temperamento, el cálculo o la finalidad de los usuarios: simples o complejos, cualitativos o cuantitativos, estáticos o dinámicos, mecánicos o estadísticos. Esta última distinción la recoio de Cl. Lévi-Strauss. De ser mecánico, el modelo se encontraría a la medida misma de la realidad directamente observada, realidad de pequeñas dimensiones que no afecta más que a grupos minúsculos de hombres (así proceden los etnólogos respecto de las sociedades primitivas). En cuanto a las grandes sociedades, en las que grandes números intervienen, se imponen el cálculo de medias: conducen a modelos estadísticos. Pero ¡poco importan estas definiciones, a veces discutibles!

Desde mi punto de vista, lo esencial consiste en precisar, antes de establecer un programa común de las ciencias sociales, la función y los límites del modelo, al que ciertas iniciativas corren el riesgo de inflar en exceso. De donde se deduce la necesidad de confrontar también los modelos con la idea de duración: porque de la duración que implican dependen bastante íntimamente, a mi modo de ver, tanto su significación como su valor de explicación.

Para una mayor claridad, tomemos una serie de ejemplos de entre los modelos históricos²³ —entiéndase: fabricados por los historiadores—, modelos bastante elementales y rudimentarios que rara vez alcanzan el rigor de una verdadera regla científica y que nunca se han preocupado de desembocar en un lenguaje matemático revolucionario, pero que, no obstante, son modelos *a* su manera.

Hemos hablado más arriba del capitalismo comercial entre los siglos xiv y xviii: se trata de uno de los modelos elaborados por Marx. Sólo se aplica enteramente a una familia dada de sociedades va lo largo de un tiempo dado, aunque deja la puerta abierta a todas las extrapolaciones.

Algo diferente ocurre va con los modelos que he esbozado, en un libro va antiguo²⁴, de un ciclo de desarrollo económico, a propósito de las ciudades italianas entre los siglos xvi y xviii, sucesivamente mercantiles, «industriales», y más tarde especializadas en el comercio bancario: esta última actividad, la más lenta en florecer, fue también la más lenta en desaparecer. Este bosquejo, más restringido de hecho que la estructura del capitalismo mercantil, sería, más fácilmente que aquél, susceptible de extenderse tanto en la duración como en el espacio. Registra un fenómeno (algunos dirían una estructura dinámica: pero todas las estructuras de la historia son, por lo menos, elemental-

mente dinámicas) capaz de reproducirse en un número de circunstancias fáciles de reencontrar. Quizá quera decir lo mismo del modelo esbozado por Frank Spooner y por mí mismo²⁵. respecto de la historia de los metales preciosos, antes, en y después del siglo xvi: oro, plata y cobre —y crédito, ágil sustituto del metal— son, ellos también, jugadores: la «estrategia» del uno pesa sobre la «estrategia» del otro. No será difícil transportar este modelo fuera del siglo privilegiado y particularmente movido, el xvi, que hemos escogido para nuestra observación. ¿Acaso no ha habido economistas que han tratado de verificar, en el caso concreto de los países subdesarrollados de hoy, la vieja teoría cuantitativa de la moneda, modelos también a su manera?²⁶.

Pero las posibilidades de duración de todos estos modelos todavía son breves en comparación con las del modelo imaginado por un joven historiador sociólogo americano, Sigmund Diamond²⁷. Habiéndole llamado la atención el doble lenguaje de la clase dominante de los grandes financieros americanos contemporáneos de Pierpont Morgan —lenguaje, por un lado, interior a la clase, y por el otro, exterior (este último, bien es verdad, alegato frente a la opinión pública a quien se describe el éxito del financiero como el triunfo típico del self made man, condición de la fortuna de la propia nación)— ve en él la reacción acostumbrada de toda clase dominante que siente amenazados su prestigio y sus privilegios: necesita, para camuflarse, confundir su suerte con la de la ciudad o la de la nación, y su interés particular con el interés público. S. Diamond explicaría gustoso, de la misma manera, la evolución de la idea de dinastía o de Imperio, dinastía inglesa, Imperio romano... El modelo así concebido es evidentemente capaz de recorrer siglos. Supone ciertas condiciones sociales precisas pero en las que la historia se ha mostrado particular-

mente pródiga: es válido, por consiguiente, para una duración mucho más larga que los modelos precedentes, pero al mismo tiempo pone en causa a realidades más precisas, más exiguas.

Este tipo de modelo se aproximaría, en último extremo, a los modelos favoritos, casi intemporales, de los sociólogos matemáticos. Casi intemporales: es decir, en realidad circulando por las rutas oscuras e inéditas de la muy larga duración.

Las explicaciones que preceden no son más que una insuficiente introducción a la ciencia y a la teoría de los modelos. Y falta mucho para que los historiadores ocupen en este terreno posiciones de vanguardia. Sus modelos apenas son otra cosa que haces de explicaciones. Nuestros colegas son mucho más ambiciosos y están mucho más avanzados en la investigación cuando tratan de reunir las teorías y los lenguajes de la información, la comunicación o las matemáticas cualitativas. Su mérito —que es grande— consiste en acoger en su campo este lenguaje sutil que constituyen las matemáticas pero que corre el riesgo, a la mínima inadvertencia, de escapar a nuestro control y de correr por su cuenta. Información, comunicación, matemáticas cualitativas: todo se reúne bastante bien bajo el vocablo mucho más amplio de matemáticas sociales.

Las matemáticas sociales²⁸ son por lo menos tres lenguajes: susceptibles, además, de mezclarse y de no excluir continuaciones. Los matemáticos no se encuentran al cabo de la imaginación. En todo caso, no existe *una* matemática, *la* matemática (o de existir se trata de una reivindicación). «No se debe decir el álgebra, la geometría, sino un álgebra, una geometría (Th. Guilbaud)»: lo que no simplifica nuestros problemas ni los suyos. Tres lenguajes, pues: el de los hechos de necesidad (el uno es dado, el otro consecutivo)

es el campo de las matemáticas tradicionales; el lenguaje de los hechos aleatorios es — desde Pascal, campo del cálculo de probabilidades: el lenguaje, por último, de los hechos condicionados — ni determinados ni aleatorios pero sometidos a ciertas coacciones, a reglas de juegos — en el eje de la «estrategia» de los juegos de Von Neumann y Morgenstern²⁹ —, esa estrategia triunfante que no se ha quedado únicamente en los principios y osadías de sus fundadores. La estrategia de los juegos, en razón del uso de los conjuntos, de los grupos y del cálculo mismo de las probabilidades, abre camino a las matemáticas «cualitativas». Desde este momento, el paso de la observación a la formulación matemática no se hace ya obligatoriamente por la intrincada vía de las medidas y de los largos cálculos estadísticos. Se puede pasar directamente del análisis social a una formulación matemática; casi diríamos que a la máquina de calcular.

Evidentemente, esta máquina no englute ni tritura todos los alimentos sin distinción: su tarea debe ser preparada. Por lo demás, se ha esbozado y desarrollado una ciencia de la información en función de verdaderas máquinas, de sus reglas de funcionamiento, para las *comunicaciones* en el sentido más material de la palabra. El autor de este artículo no es, en absoluto, un especialista en estos intrincados terrenos. Las investigaciones para la fabricación de una máquina de traducir, cuyo curso ha seguido desde lejos (pero seguido, no obstante), le sumen, al igual que a algunos otros, en un mar de reflexiones. Un doble hecho está, sin embargo, establecido: en primer lugar, que semejantes máquinas, que semejantes posibilidades matemáticas existen; en segundo lugar, que hay que preparar a lo social para las matemáticas de lo social, que han dejado de ser

el

únicamente nuestras viejas matemáticas tradicionales: curvas de precios, de salarios, de nacimientos...

Ahora bien, aunque el nuevo mecanismo matemático muy a menudo *se* nos escape, no nos es posible sustraernos a la preparación de la realidad social para su uso, su taladramiento, su recorte. Hasta ahora, el tratamiento previo ha sido prácticamente casi siempre el mismo: escoger una unidad restringida de observación, como, por ejemplo, una tribu «primitiva» o una unidad demográfica «cerrada», en la que casi todo sea examinable y tangible: establecer, después, entre los elementos distinguidos, todas las relaciones, todos los juegos posibles. Estas relaciones rigurosamente determinadas suministran las ecuaciones de las que las matemáticas habrán de sacar todas las conclusiones y prolongaciones posibles, para culminar en un *modelo* que las reúna a todas ellas o, dicho con más exactitud, que las tome a todas ellas en cuenta.

En estos campos, se abren con toda evidencia miles de posibilidades de investigación. Pero un ejemplo resultará más ilustrativo que un largo discurso. Puesto que Claude Lévi-Strauss se nos ofrece como un excelente guía, sigámoslo. Nos va a introducir en un sector de estas investigaciones al que *se* puede calificar de ciencia de la comunicación³⁰.

«En toda sociedad —escribe Lévi-Strauss³¹— la comunicación se realiza al menos en tres niveles: comunicación de las mujeres; comunicación de los bienes y de los servicios; comunicación de los mensajes.» Admitamos que se trate, a niveles distintos, de *lenguajes* diferentes; pero, en todo caso se trata de lenguajes. En estas circunstancias, ¿no tendremos acaso derecho a tratarlos como lenguajes, o incluso como el lenguaje por antono-

masia, y a asociarlos, de manera directa o indirecta a los sensacionales progresos de la lingüística o —lo que es más— de la fonología. que «tiene ineluctablemente que desempeñar. respecto de las ciencias sociales. la misma función renovadora que la física nuclear. por ejemplo. ha desempeñado para con el conjunto de las ciencias exactas»³²? Es ir demasiado lejos. pero a veces es necesario. Al igual que la historia atrapada en la trampa del acontecimiento. la lingüística. atrapada en la trampa de las palabras (relación de las palabras al objeto. evolución histórica de las palabras). se ha evadido mediante la revolución fonológica. Más allá de la palabra. se ha interesado por el esquema de sonido que constituye el fonema. indiferente a partir de entonces a su sentido pero atenta en cambio a los sonidos que lo acompañan. a las formas de agruparse estos sonidos. a las estructuras infrafonémicas. a toda la realidad subyacente. *inconsciente*. de la lengua. De esta forma. el nuevo trabajo matemático se ha puesto en marcha con el material que suponen las decenas de fonemas que se encuentran en todas las lenguas del mundo: v. en consecuencia. la lingüística. o por lo menos una parte de la lingüística. ha escanado. en el curso de los últimos veinte años. al mundo de las ciencias sociales para franquear «el puerto de las ciencias exactas».

Extender el sentido del lenguaje a las estructuras elementales de parentesco. a los mitos. al ceremonial y a los intercambios económicos equivale a buscar el camino. difícil pero saludable. que accede hasta ese puerto: esta es la *hazaña* que ha realizado Lévi-Strauss. a propósito. en primer lugar. del intercambio matrimonial. lenguaje primero. esencial a las comunicaciones humanas. hasta el punto de que no existen sociedades primitivas o no. en las que el incesto. el matrimonio en el

interior de la estrecha célula familiar, no se encuentra vedado. Se trata, por tanto, de un lenguaje. Bajo este lenguaje, Lévi-Strauss ha buscado un elemento de base correspondiente si se quiere al fonema; ese elemento, ese «átomo» de parentesco al que se refirió en su tesis de 1.949³³ bajo su más simple expresión: entiéndase, el hombre, la esposa, el hijo, más el tío materno del hijo. A partir de este elemento cuadrangular y de todos los sistemas de matrimonios conocidos en estos mundos primitivos —son muy numerosos— los matemáticos se encargarán de buscar las combinaciones y las soluciones posibles. Con la ayuda del matemático André Weill, Lévi-Strauss ha conseguido traducir a términos matemáticos la observación del antropólogo. El modelo desentrañado debe probar la validez, la estabilidad del sistema, y señalar las soluciones que éste último implica.

Se ve, pues, qué rumbo sigue este tipo de investigación: trasasar la superficie de la observación para alcanzar la zona de los elementos inconscientes o poco conscientes y reducir después esta realidad a elementos menudos, finos, idénticos, cuyas relaciones pueden ser analizadas con precisión. En este grado «microsociológico [de un cierto tipo: soy yo quien añado esta reserva] cabe esperar percibir las leyes de estructuras más generales, al igual que el lingüista descubre las suyas en el grado infrafonémico y el físico en el grado molecular, es decir, a nivel del átomo»³⁴. Es posible continuar el juego, evidentemente, en muchas otras direcciones. Así, por ejemplo, nada más didáctico que ver a Lévi-Strauss enfrentarse con los mitos y hasta con la cocina (ese otro lenguaje): reducirá los mitos a una serie de células elementales, los *mitemas*; reducirá (sin creer demasiado en ello) el lenguaje de los libros de cocina a los *gustemas*. En cada caso, busca niveles en profundidad,

subconscientes: mientras hablo no me preocupo de los fonemas de mi discurso: mientras como, tampoco me preocupo, culinariamente, de los «gustemas» (si los hubiere). Y en cada caso, no obstante, el juego de las relaciones sutiles y precisas me acompaña. ¿Pretende acaso el último grito de la investigación sociológica aprender bajo todos los lenguajes estas relaciones simples y misteriosas, a fin de traducirlas a un alfabeto Morse, quiero decir, al universal lenguaje matemático? Tal es la ambición de las nuevas matemáticas sociales. Pero, ¿se me permitirá decir, sin pretender ironizar, que se trata de otra historia?

Reintroduzcamos, en efecto, la duración. He dicho que los modelos tenían una duración variable: son válidos mientras es válida la realidad que registran. Y, para el observador de lo social, este tiempo es primordial, puesto que más significativa aún que las estructuras profundas de la vida son sus puntos de ruptura, su brusco o lento deterioro bajo el efecto de presiones contradictorias.

He comparado a veces los modelos a barcos. A mí lo que me interesa, una vez constituido el barco, es ponerlo en el agua y comprobar si flota, y, más tarde, hacerle bajar o remontar a voluntad las aguas del tiempo. El naufragio es siempre el momento más significativo. Así, por ejemplo, la explicación que F. Spooner y yo mismo construimos juntos para los mecanismos de los metales preciosos no me parece en absoluto válida antes del siglo xv. Antes de este siglo, los choques entre metales preciosos son de una violencia no nuestra de relieve por la observación ulterior. A nosotros nos corresponde entonces buscar la causa. De la misma manera que es necesario investigar por qué, aguas abajo esta vez, la navegación de nues-

tra excesivamente simple embarcación se vuelve primero difícil y más tarde imposible con el siglo xviii y el empuje anormal del crédito. A mi modo de ver, la investigación debe hacerse volviendo continuamente de la realidad social al modelo, y de éste a aquélla: y este continuo ir y venir nunca debe ser interrumpido, realizándose por una especie de pequeños retoques, de viajes pacientemente reemprendidos. De esta forma, el modelo es sucesivamente ensayo de explicación de la estructura, instrumento de control, de comparación, verificación de la solidez y de la vida misma de una estructura dada. Si yo fabricara un modelo a partir de lo actual, procedería inmediatamente a volver a colocarlo en la realidad, para más tarde irlo remontando en el tiempo, caso de ser posible hasta su nacimiento. Una vez hecho esto, calcularía su probabilidad de vida hasta la próxima ruptura, según el movimiento concomitante de otras realidades sociales. A menos que, utilizándolo como elemento de comparación, ante yo pasearlo en el tiempo y en el espacio, a la busca de otras realidades susceptibles de esclarecerse gracias a él.

¿Tengo o no razón para pensar que los modelos de las matemáticas cuantitativas, tal y como nos³⁵ han sido presentadas hasta ahora, se prestarían difícilmente a semejantes viajes, ante todo porque se limitan a circular por una sola de las innumerables rutas del tiempo, la de la larga *muy larga* duración, al amparo de los accidentes, de las coventuras, de las rupturas? Me volveré a referir, una vez más, a Claude Lévi-Strauss porque su tentativa en este campo me parece ser la más inteligente, la más clara y también la mejor arraigada en la experiencia social de la que todo debe partir y a la que todo debe volver. En cada uno de los casos, señálemoslo, encausa un fenómeno de extremada lentitud, como si fuera intemporal. Todos los sistemas de parentesco se

perpetúan porque no hay vida humana posible más allá de una cierta tasa de consanguinidad. porque se impone que un pequeño grupo de hombres para vivir se abra al mundo exterior: la prohibición de incesto es una realidad de larga duración. Los mitos, de lento desarrollo, también corresponden a estructuras de una extensa longevidad. Se pueden, sin preocupación de escoger la más antigua, coleccionar versiones del mito de Edipo: el problema estaría en ordenar las diferentes variaciones y en poner de manifiesto, por debajo de ellas, una profunda articulación que las determine. Pero supongamos que nuestro colega se interese no por un mito sino por las imágenes, por las interpretaciones sucesivas del «maquiavelismo»: esto es, que investigue los elementos de base de una doctrina bastante simple y muy extendida a partir de su lanzamiento real hacia la mitad del siglo xvi. Continuamente aparecen, en este caso, rupturas e inversiones hasta en la estructura misma del maquiavelismo, ya que este sistema no tiene la solidez teatral, casi eterna, del mito: es sensible a las incidencias y a los rebotes, a las múltiples intemperies de la historia. En una palabra, no se encuentra únicamente sobre las rutas tranquilas y monótonas de la larga duración. De esta forma, el procedimiento recomendado por Lévi-Strauss en la investigación de las estructuras matemáticas no se sitúa tan sólo en el nivel microsociológico sino también en el encuentro de lo infinitamente pequeño y de la muy larga duración.

; Se encuentran, además, las revoluciones matemáticas cualitativas condenadas a seguir únicamente los caminos de la muy larga duración? En este caso, sólo reencontraríamos en fin de cuentas verdades que son demasiado las del hombre eterno. Verdades primeras, aforismos de la sabiduría de las naciones, dirán los escépticos. Verda-

des esenciales, responderemos nosotros, y que puedan esclarecer con nueva luz las bases mismas de toda vida social. Pero no reside aquí el conjunto del debate.

No creo, de hecho, que estas tentativas —o tentativas análogas— puedan proseguirse fuera de la muy larga duración. Lo que se pone a disposición de las matemáticas sociales cualitativas no son cifras sino relaciones que deben estar definidas con el suficiente rigor como para poder ser afectadas de un signo matemático a partir del cual serán estudiadas todas las posibilidades matemáticas de estos signos, sin ni siquiera preocuparse ya de la realidad social que representan. Todo el valor de las conclusiones depende, pues, del valor de la observación inicial, de la selección que aísla los elementos esenciales de la realidad, observada y determina sus relaciones en el seno de esta realidad. Se comprende entonces la preferencia que demuestran las matemáticas sociales por los modelos que Claude Lévi-Strauss llama mecánicos, es decir, establecidos a partir de grupos estrechos en los que cada individuo, por así decirlo, es directamente observable y en los que una vida social muy homogénea permite definir con toda seguridad relaciones humanas, simples y concretas y poco variables.

Los modelos llamados estadísticos se dirigen, por el contrario, a las sociedades amplias y complejas en las que la observación sólo puede ser dirigida a través de las medias, es decir, de las matemáticas tradicionales. Pero, una vez establecidas estas medias, si el observador es capaz del establecer, a escala de los grupos y no ya de los individuos, esas relaciones de base de las que hablábamos y que son necesarias para las elaboraciones de las matemáticas cualitativas, nada impide recurrir entonces a ellas. Todavía no ha habido, que yo sepa, tentativas de este

tipo. Por el momento, ya se trate de psicología, de economía o de antropolología. todas las experiencias han sido realizadas en el sentido que he definido a propósito de Lévi-Strauss: pero las matemáticas sociales cualitativas sólo demostrarán lo que pueden dar de sí el día en que se enfrenten a una sociedad moderna. a sus embrollados problemas. a sus diferentes velocidades de vida. Anostemos que esta **aventura tentará algún día a alguno de nuestros sociólogos matemáticos**: anostemos también a que dará lugar a una revisión obligatoria de los métodos hasta ahora observados por las nuevas matemáticas. va que éstas no pueden confinarse en lo que llamaré en este caso la excesivamente larga duración: deben reencontrar el juego múltiple de la vida. todos sus movimientos, todas sus duraciones, todas sus rupturas, todas sus variaciones.

4. Tiempo del historiador, tiempo del sociólogo

Al cabo de una incursión en el país de las intemporales matemáticas sociales. heme de vuelta al tiempo. a la duración. Y. como historiador incorregible que soy. expreso mi asombro. una vez más. de que los sociólogos havan podido escanarse de él. Pero lo que ocurre es que su tiempo no es el nuestro: es mucho menos imperativo. menos concreto también. y no se encuentra nunca 'en el corazón de sus problemas y de sus reflexiones.

De hecho, el historiador no se evade nunca del tiempo de la historia: el tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la pala del jardinero. Sueña, claro está, con escapar de él. Ayudado por la angustia de 1940. Gastón Roussel⁵⁶ ha escrito a este respecto frases que hacen sufrir a todo historiador sincero. En este sentido

hay que comprender igualmente una vieja reflexión de Paul Lacombe, historiador también de gran clase: «el tiempo no es nada en sí, objetivamente: no es más que una idea nuestra»³⁷ Pero en ambos casos, ¿cabe hablar en realidad de verdaderas evasiones? Personalmente, a lo largo de un cautiverio bastante taciturno, luché mucho por escanar a la crónica de estos difíciles años (1940-1945). Rechazar los acontecimientos v el tiempo de los acontecimientos equivalía a no- narse al margen, al amparo, para mirarlos con una cierta perspectiva, para juzgarlos mejor v no creer demasiado en ellos. La operación consistente en pasar del tiempo corto al tiempo menos corto v al tiempo muy largo (este último, si existe, no puede ser más que el tiempo de los sabios) para después, una vez alcanzado este punto, detenerse, reconsiderar v reconstruir todo de nuevo, ver girar todo en torno a uno, no puede dejar de resultar sumamente tentadora para un historiador.

Pero estas sucesivas fugas no le lanzan, en definitiva, fuera del tiempo del mundo, del tiempo de la historia, imperioso por irreversible v porque discurre al ritmo mismo en que gira la tierra. De hecho, las duraciones que distinguimos son solidarias unas de otras: no es tanto la duración la que es creación de nuestro espíritu, sino las fragmentaciones de esta duración. Pero estos fragmentos se reúnen al cabo de nuestro trabajo. Larga duración, coyuntura, acontecimiento, se ajustan sin dificultad, puesto que todos ellos se miden en una misma escala. Por lo mismo, participar espiritualmente en uno de estos tiempos equivale a participar en todos ellos. El filósofo, atento al aspecto subjetivo, interior, de la noción del tiempo, no experimenta jamás ese peso del tiempo de la historia, del tiempo concreto, universal, como ese tiempo de la coyuntura que des-

cribe Ernest Labrousse en el umbral de su libro³⁸ bajo los rasgos de un viajero siempre idéntico a sí mismo que recorre el mundo e impone por doquier idénticas coacciones. cualquiera que sea el país en el que desembarca, el régimen político o el orden social que inviste.

Para el historiador todo comienza y todo termina por el tiempo: un tiempo matemático y demiurgo sobre el que resultaría demasiado fácil ironizar: un tiempo que parece exterior a los hombres. «exógeno», dirían los economistas, que les empuja, que les obliga, que les arranca a sus tiempos particulares de diferentes colores: el tiempo imperioso del mundo.

Los sociólogos, claro está, no aceptan esta noción excesivamente simple. Se encuentran mucho más cercanos de la *Dialectique de la Durée* tal³⁹ y como la presenta Gastón Bachelard. El tiempo social es, sencillamente, una dimensión particular de una determinada realidad social que yo contemplo. Este tiempo, interior a esta realidad como podría serlo a un determinado individuo, constituye uno de los aspectos —entre otros— que aquélla reviste, una de las propiedades que la caracterizan como ser particular. Al sociólogo no le estorba en absoluto ese tiempo complaciente, al que puede dividir a placer y cuyas exclusas puede cerrar y abrir a voluntad. El tiempo de la historia se prestaría menos, insisto, al doble y ágil juego de la sincronía y de la diacronía: impide totalmente imaginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento puede ser detenido a fin de presentar, cuando se desee, una imagen inmóvil.

Este desacuerdo es más profundo de lo que parece: el tiempo de los sociólogos no puede ser el nuestro: la estructura profunda de nuestro oficio lo rechaza. Nuestro tiempo, como el de los

economistas, es medida. Cuando un sociólogo nos dice que una estructura no cesa de destruirse más que para reconstituirse, aceptamos de buena gana la explicación confirmada por lo demás por la observación histórica. Pero en la trayectoria de nuestras habituales exigencias aspiraríamos a conocer la duración precisa de estos movimientos, positivos o negativos. Los ciclos económicos, flujo y reflujo de la vida material, son mensurables. De la misma manera, a una crisis estructural social se le deben señalar puntos de referencia en el tiempo, a través del tiempo, y se la debe localizar con exactitud en sí misma y más aún con relación a los movimientos de las estructuras concomitantes. Lo que le interesa apasionadamente a un historiador es la manera en que se entrecruzan estos movimientos, su integración y sus puntos de ruptura: cosas todas ellas que sólo se pueden registrar con relación al tiempo uniforme de los historiadores, medida general de estos fenómenos, y no con relación al tiempo social multiforme, medida particular de cada uno de ellos.

Estas reflexiones encontradas un historiador las formula, con razón o sin ella, incluso cuando penetra en la sociología acogedora, casi fraterna, de Georges Gurvitch. ¿Acaso no ha sido definido⁴⁰ Gurvitch, hace tiempo, por un filósofo, como el que «arrinconó a la sociología en la historia»? Y, no obstante, incluso en Gurvitch el historiador no reconoce ni sus duraciones ni sus temporalidades. El amplio edificio social (¿cabe decir el modelo?) de Gurvitch se organiza según cinco arquitecturas fundamentales⁴¹: los niveles en profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las sociedades globales y los tiempos: siendo este último andamiaje, el de las temporalidades, el más nuevo y también el de más reciente construcción y como sobreañadido al conjunto.

Las temporalidades de Georges Gurvitch son múltiples. Distingue toda una serie de ellas: el tiempo de larga duración y en *ralenti*, el tiempo engañoso o tiempo sorpresa, el tiempo de palpación irregular, el tiempo cíclico, el tiempo retrasado sobre sí mismo, el tiempo alternativamente retrasado y adelantado, el tiempo anticipado con relación a sí mismo, el tiempo explosivo⁴².

¿Cómo suponer que un historiador podría dejarse convencer? Con esta gama de colores: le sería imposible reconstituir la luz blanca, unitaria, que le es indispensable. Pronto advierte, además, que este tiempo camaleón no hace más que señalar, con un signo suplementario o con un toque de color, categorías anteriormente distinguidas. En la ciudad de nuestro autor, el tiempo, último llegado, se instala con toda naturalidad en el alojamiento de los demás: se pliega a las dimensiones de estos domicilios y de sus exigencias, según los niveles, las sociabilidades, los grupos y las sociedades globales. Es una manera distinta de reescribir, sin modificarlas, las mismas ecuaciones. Cada realidad social segrega su tiempo o sus escalas de tiempos, como simples conchas. Pero ¿qué ganamos los historiadores con ello? La inmensa arquitectura de esta ciudad ideal permanece inmóvil. No hay historia en ella. El tiempo del mundo y el tiempo histórico se encuentra en ella, pero encerrados, al igual que el viento en los dominios de Eolo, en un nelleio. La animadversión que los sociólogos experimentan no va dirigida, en definitiva e inconscientemente, contra la historia, sino contra el tiempo de la historia, esa realidad que sigue siendo violenta incluso cuando se pretende ordenarla y diversificarla: imposición a la que ningún historiador logra escapar mientras que los sociólogos, por el contrario, se escabullen casi siempre prestando atención y sea al instante, siempre actual, como suspenso

por encima del tiempo, ya sea a los fenómenos de repetición que no tienen edad: por tanto, se evaden gracias a un procedimiento mental onnes-to que les encierra o bien en lo más estrictamente episódico (*événementiel*) o bien en la más larga duración. ¿Es lícita esta evasión? Ahí reside el verdadero debate entre historiadores y sociólogos incluso entre historiadores de diferentes opi-niones.

Ignoro si este artículo demasiado claro y que se anova con exceso, según la costumbre de los historiadores, en ejemplos concretos, merecerá el acuerdo de los sociólogos y de nuestros demás vecinos. En todo caso, no resulta en absoluto útil repetir, a guisa de conclusión, su *leit motiv* expuesto con insistencia. Si la historia está abo-cada, por naturaleza, a prestar una atención pri- vilegiada a la duración, a *todos* los movimientos en los que ésta puede descomponerse, la larga duración nos parece, en este abanico, la línea más útil para una observación y una reflexión comunes a las ciencias sociales. ¿Es exigir dema- siado el pedirles a nuestros vecinos que en un momento de sus razonamientos refieran a este eje sus constataciones o sus investigaciones?

Para los historiadores, que no estarán todos de acuerdo conmigo, esto supondría un cambio de rumbo: instintivamente sus preferencias se diri- gen hacia la historia corta. Esta goza de la com- plicidad de los sacrosantos programas de la universidad. Jean-Paul Sartre, en recientes artícu- los⁴³, viene a reforzar este punto de vista cuando, pretendiendo alzarse contra aquello que le parece en el marxismo a un tiempo demasiado simple y de demasiado peso, lo hace en nombre de lo biográfico, de la prolífica realidad de la historia

de los acontecimientos. Estoy enteramente de acuerdo en que no se habrá dicho todo cuando se haya «situado» a Flaubert como burgués y a Tintoretto como un nequeño burgués: pero el estudio de un caso concreto —Flaubert. Valéry. o la política exterior de los girondinos— siempre devuelve en definitiva a Sartre al contexto estructural y profundo. Esta investigación va de la superficie a la profundidad de la historia y se aproxima a mis propias preocupaciones. Se aproximaría mucho más aún si el reloj de arena fuera invertido en ambos sentidos: primero, del acontecimiento a la estructura, y, después, de las estructuras y de los modelos al acontecimiento.

El marxismo es un mundo de modelos. Sartre se alza contra la rigidez, el esquematismo y la insuficiencia del modelo en nombre de lo particular y de lo individual. Yo me *alzaré*, al igual que él (con algunos matices ciertamente), no contra el modelo, sino contra el uso que de él se hace, que se han creído autorizados a hacer. El genio de Marx, el secreto de su prolongado poder, proviene de que fue el primero en fabricar verdaderos modelos sociales y a partir de la larga duración histórica. Pero estos modelos han sido inmovilizados en su sencillez, concediéndoseles un valor de ley, de explicación previa, automática, aplicable a todos los lugares, a todas las sociedades: mientras que si fueran devueltos a las aguas cambiantes del tiempo, su entramado se pondría de manifiesto porque es sólido y está bien tejido: reaparecería constantemente, pero matizado, unas veces esfumado y otras vivificado por la presencia de otras estructuras, susceptibles, ellas también, de ser definidas por otras reglas y, por tanto, por otros modelos. Con lo acontecido, el poder creador del más poderoso análisis del siglo pasado ha quedado limitado.

Sólo puede reencontrar fuerza y juventud en la larga duración. Casi puedo añadir que el marxismo actual me parece ser la imagen misma del peligro que ronda a toda ciencia social, enamorada del modelo en bruto, del modelo por el modelo.

Querría también subrayar, para concluir, que la larga duración sólo es una de las posibilidades del lenguaje común en aras de una confrontación de las ciencias sociales. Existen otras. He señalado, bien o mal, las tentativas de las nuevas matemáticas sociales. Las nuevas me seducen: pero las antiguas, cuyo triunfo es patente en economía —la más avanzada quizá de las ciencias del hombre—, no merecen un comentario desengañado. Inmensos cálculos nos esperan en este terreno clásico: pero contamos con equinos de calculadoras y máquinas de calcular, cada día más perfeccionadas. Creo en la utilidad de las largas estadísticas, en la necesidad de remontar hacia un pasado cada vez más lejano estos cálculos e investigaciones. Ya no es sólo el siglo xviii europeo, en su totalidad, el que está sembrado de nuestras obras, sino que el xvii comienza a estarlo y más aún el xvi. Estadísticas de increíble longitud nos abren, por su lenguaje universal, las profundidades del pasado chino⁴⁴. Sin duda, la estadística simplifica para conocer mejor. Pero toda ciencia va, en esta forma, de lo complejo a lo simple.

Que no se olvide, no obstante, un último lenguaje, una última familia de modelos: la reducción necesaria de toda la realidad social al espacio que ocupa. Digamos la geografía, la ecología, sin detenernos demasiado en estas fórmulas para escoger entre ellas. Es una pena que a la geografía se la considere con excesiva frecuencia como

un mundo en sí. Está necesitada de un Vidal de la Blache que, en lugar de pensar esta vez tiempo y espacio, pensara espacio y realidad social. A partir de entonces, se concedería la primacía en la investigación geográfica a los problemas del conjunto de las ciencias del hombre. Ecología: para el sociólogo, sin que siempre se lo confiese, el concepto es una manera de no decir geografía y de esquivar, de esta forma, los problemas que el espacio plantea y —más aún— pone de relieve a la observación atenta. Los modelos espaciales son esos mapas en los que la realidad social se proyecta y se explica parcialmente, modelos de verdad para todos los movimientos de la duración (y, sobre todo, de la larga duración), para todas las categorías de lo social. Pero la ciencia social los ignora de manera asombrosa. He pensado a menudo que una de las superioridades francesas en las ciencias sociales es esa escala geográfica de Vidal de la Blache cuyo espíritu y cuyas lecciones no nos consolaríamos de ver traicionados. Se impone que todas las ciencias sociales dejen sitio a una «concepción (cada vez) más geográfica de la humanidad»⁴⁵, como pedía Vidal de la Blache ya en 1903.

En la práctica —porque este artículo tiene una finalidad práctica— desearía que las ciencias sociales dejaran, provisionalmente, de discutir tanto sobre sus fronteras recíprocas sobre lo que es o no es ciencia social, sobre lo que es o no es estructura... Que intenten más bien trazar, a través de nuestras investigaciones, las líneas —si líneas hubiere— que pudieran orientar una investigación colectiva y también los temas que permitieran alcanzar una primera convergencia. Yo personalmente llamo a estas líneas matematización, reducción al espacio, larga duración. Pero me interesaría conocer cuáles propondrían otros

especialistas. Porque este artículo, no hay necesidad de decirlo, no ha sido casualmente colocado bajo la rúbrica de *Debates v Combates*. Pretendo plantear —no resolver— problemas en los que por desgracia cada uno de nosotros, en lo que no concierne a su especialidad, se expone a evidentes riesgos. Estas páginas constituyen un llamamiento a la discusión.

4 Historia y sociología

Espero que basten algunas constataciones previas para situar el presente capítulo. En él entiendo muy a menudo —casi siempre— por *sociología* esa ciencia global que aspiraban a hacer, a principios de siglo, Emile Durkheim y Francois Simiand: ciencia que todavía no es, pero a la que no se dejará de tender, incluso en el caso de que nunca logre alcanzarse. Entiendo por *historia* una investigación científicamente dirigida: digamos, en último extremo, una *ciencia*, pero compleja. No existe *una historia*, un oficio de historiador, sino oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista, de posibilidades: suma a la que en el futuro otras curiosidades, otros puntos de vista y otras posibilidades vendrán a añadirse aún. Quizá me haga comprender mejor por un sociólogo —que tiende, como los filósofos, a ver en la historia una disciplina

Fernand Braudel: «Histoire et Sociologie» en *Traite de Sociologie*, de Georges Gurvitch, París.

de reglas y métodos definidos con perfección y de una vez para siempre— si digo que existen tantas maneras discutibles y discutidas de abordar el pasado como actitudes hay frente al presente. Que la historia puede incluso considerarse como un cierto estudio del presente.

Una vez dicho esto, que nadie espere encontrar aquí una respuesta, o ni siquiera un ensayo *dé* respuestas, a las habituales preguntas sobre las relaciones entre historia y sociología, o una prosecución de la polémica, continuamente reemprendida aunque nunca sea la misma, entre esos* vecinos que no pueden ni ignorarse ni conocerse perfectamente y que en sus controversias, cuando se definen, lo hacen unilateralmente. Existen falsas polémicas, de la misma manera que existen falsos problemas. En todo caso, el diálogo del sociólogo y del historiador constituye casi siempre un falso diálogo. Cuando Francois Simiand polemiza con Charles Seignobos piensa estar hablando con la historia, cuando en realidad lo está haciendo con una cierta historia, aquella que fue bautizada por Henri Bergson con el nombre de *historizante*. Cuando se enfrenta, en la misma época, a Henri Hauser, lo hace ciertamente con el más brillante historiador de su generación: pero con un historiador demasiado brillante, demasiado hábil abogado, sumido en éxitos precoces y en las antiguas reglas de su oficio. Tendría que haberse dirigido a Paul Lacombe para tener un adversario de su talla. Pero, ¿no corría entonces precisamente el riesgo de encontrarse de acuerdo con él?

Ahora bien, la polémica sólo es posible cuando los adversarios se prestan a ella, cuando consienten en «batirse con sable»², para utilizar palabras de un historiador irritado y divertido que replicaba, hace ya mucho, en 1900, a un crítico suyo precisamente el propio Paul

Lacombe. Este apasionado de historia, en su deseo de hacer una «historia-ciencia» podía — imagino — entenderse con Francois Simiand sociólogo. Hubiera bastado un poco de atención. ; No llegaba, en efecto, Lacombe, en su deseo de escanar a los callejones sin salida y a las dificultades insolubles de nuestro oficio, incluso hasta evadirse del tiempo?: «¡El tiempo! — ^{accia—, p cto si no es nada en si,} objetivamente, si sólo es una idea nuestra...! » Desgraciadamente, Simiand enjuiciará tan sólo incidentalmente a Lacombe, arremetiéndolo en cambio contra otros adversarios irreductibles. En realidad existe siempre *una* historia susceptible de concordar con *una* sociología: o, evidentemente, a la inversa, de ~~devenirse mutuamente entre~~ ⁴ sí. Georges Gurvitch, en un artículo de polémica histórico-sociológico, el más reciente hasta la fecha en este género — que yo conozca, al menos —, se niega a llegar a un acuerdo con Henri Marrou: sin embargo, se entendería más fácilmente conmigo. Pero quizá habría que verlo más de cerca: entre historiador y sociólogo, posiblemente no haya ni discusión ni entendimiento perfecto.

1

Primera y esencial precaución: tratemos de presentar rápidamente a la historia, pero en sus definiciones más recientes, porque toda ciencia no cesa de definirse constantemente, de buscarse. Todo historiador es forzosamente sensible a los cambios que aporta, incluso involuntariamente, a un oficio flexible, que evoluciona tanto por sí mismo, bajo el peso de los nuevos conocimientos, tareas y aficiones, como por el hecho del movimiento general de las ciencias del hombre. Todas las ciencias sociales se contaminan unas a otras: y la historia no escapa a estas epidemias. De ahí esos cambios de ser, de maneras o de rostro.

Si nuestra retrospectiva empieza con este siglo, tendremos a nuestra disposición por lo menos diez análisis y mil retratos de la historia: y ello sin contar con las posiciones que se perfilan en las mismas obras de los historiadores, ya que éstos se hallan inclinados a pensar que no en mejor de manifiesto sus interpretaciones y sus puntos de vista en una obra que en una discusión precisa y formal de su pensamiento (de ahí el renroche irónico de los filósofos, a los ojos de los cuales los historiadores nunca saben con toda exactitud la historia que hacen).

Al principio de la serie coloquemos, puesto que todo el mundo lo hace aún, la clásica *Introduction aux études historiques*,⁵ de Charles-Victor Lan-
el artículo del joven Paul Mantoux (1903): des-
pués mucho más tarde, tras la clásica *Introduction à la philosophie de l'histoire*⁶ de Raymond Aron, punto de vista de un filósofo sobre la historia. Llegamos a la *Apología pour l'histoire* de Marc Bloch⁸, obra postuma e incompleta (sin duda bastante alejada de la que hubiera publicado su autor de no sorprenderle trágicamente la muerte). Tenemos después los brillantes *Combats pour l'histoire* de Lucien Febvre, recopilación de artículos realizada por él mismo.⁹ No olvidemos, de paso, el ensayo muy rápido de Louis Halphen⁷, ni el ágil libro de Philippe¹¹ Aries, ni el alegato existencialista de Eric Dar-
quei, ni un determinado artículo de André Riga-
niol,¹⁴ ni el discurso de Henri Marrou¹³, interesante y sutil, aunque para mi gusto quizá demasiado exclusivamente atento a los espectáculos de una historia de la Antigüedad y demasiado sumido en el pensamiento de Max Weber y preocupado más allá de toda medida en consecuencia, por la objetividad de la historia. Objetividad, subjetividad en materia social: ¿este problema que

ha apasionado al siglo xix, descubridor de los métodos científicos: es hoy día primordial? En todo caso, no nos es específico: es universal. Se trata de una deficiencia del espíritu científico sólo superable, como dice Henri Marrou con razón, a costa de prudencia y honestidad. Pero, por favor, ¡no desmesuremos al papel del Historiador, incluso con H mayúscula!

Esta corta bibliografía, abreviada, incompleta, limitada voluntariamente a la literatura francesa existente sobre el tema, permitiría, no obstante, puntualizar polémicas caducadas: las analiza con bastante precisión. Pero falta mucho, por el contrario, para que los libros y artículos reseñados pongan de relieve la multiplicidad actual y radical de la historia, siendo así que se trata de lo esencial. El movimiento profundo de la historia de hoy consiste, si no me equivoco, no en escoger entre caminos y puntos de vista diferentes, sino en acentuar, en suma, esas definiciones sucesivas en las que en vano se ha intentado encerrarla. Porque todas las historias son nuestras.

A principios del siglo actual no se dudaba en repetir, mucho después de Michelet, que la «historia era la resurrección del pasado». ¡Hermoso tema, hermoso programa! La «labor de la historia consiste en conmemorar el pasado, todo el pasado», escribía Paul Mantoux en 1903. De ese pasado, de hecho, ¿qué se retenía? Aquel joven historiador de 1903 respondía sin vacilaciones: «Lo que es particular, lo que no ocurre más que una sola vez, es lo esencialmente histórico»¹⁵. Respuesta clásica, imagen de la historia que proponen de buena gana, con exclusión de todas las demás, filósofos y sociólogos. Emile Bréhier, el historiador de la filosofía, en el barco que nos transportaba al Brasil en 1936, se resistía a renunciar a esta concepción en el curso de nuestras amistosas discusiones. Lo que se repetía en la

vida pasada incumbía, a su modo de ver, al terreno de la sociología, a la tienda de nuestros vecinos. Por tanto, no todo el pasado nos pertenecía. Pero no discutamos. Yo también, al igual que cualquier otro historiador, me he interesado por los hechos particulares, por esas flores de un día tan pronto marchitadas e imposibles de tener dos veces entre los dedos. Más aún: creo que existen siempre, en una sociedad viva o muerta, miles y miles de singularidades. Y sobre todo, si se canta esta sociedad en su conjunto, se puede afirmar que es imposible que se repita en su totalidad: se presenta como un *equilibrio* provisional, pero original, único.

Apruebo, pues, a Philippe Aries cuando fía como eje de su historia un reconocimiento de las diferencias entre las edades y las realidades sociales. Pero la historia no consiste únicamente en la diferencia, en lo singular, en lo inédito, en lo que no se ha de repetir. Y además lo inédito nunca es perfectamente inédito. Cohabita con lo repetido o con lo regular. Paul Lacombe decía, a propósito de Pavía (24 de febrero de 1525) o más aún de Rocroi (19 de mayo de 1643), que ciertos incidentes de estas batallas «obedecieron a un sistema de armamento, de táctica, de hábitos y de costumbres guerreras que se puedan volver a encontrar en un buen número de combates de la época»¹⁶. Pavía supone, en cierta manera, el principio de la guerra moderna, un episodio que se sitúa, sin embargo, dentro de una familia de episodios. En realidad, ¿cómo creer en esta historia exclusiva de episodios únicos? Francois Simiand¹⁷, citando a Paul Lacombe, estaba de acuerdo en ello y hacía suya la afirmación del historiador: «No hay hecho en el que no se pueda distinguir una parte de individual y una parte de social, una parte de contingencia y una parte de regularidad.» De esta forma, desde principios

de este siglo, una protesta, una duda al menos, se *alzaba* contra una historia restringida a los acontecimientos singulares: contra una historia «lineal» de los acontecimientos —«episódica» (*évenementielle*), terminará por decir Paul Lacombe.

Rebasar al acontecimiento equivalía a rebasar al tiempo corto que lo contiene: el de la crónica o del periodismo: esas tomas de conciencia de los contemporáneos: rápidas: al día: cuyos rasgos nos devuelven: tan vivo: el calor de los acontecimientos y de las existencias pasadas. Equivalía también a preguntarse si: más allá de los acontecimientos: no existe una historia: inconsciente esta vez —o mejor dicho: más o menos consciente— que: en gran parte: escapa a la lucidez de los actores: los responsables o las víctimas: hacen la historia: pero la historia les lleva.

Esta búsqueda de una historia no limitada a los acontecimientos se ha impuesto de manera imperiosa al contacto de otras ciencias del hombre: contacto inevitable (como lo prueban las polémicas) y que: en Francia: se ha organizado: después de 1900: gracias a la maravillosa *Revue de Synthèse Historique* de Henri Berr: cuya lectura resulta retrospectivamente tan emocionante: después: a partir de 1929: gracias a la vigorosa y muy eficaz campaña de los *Annales* de Lucien Febvre y Marc Bloch.

La historia se ha dedicado: desde entonces: a cantar tanto los hechos de repetición como los singulares: tanto las realidades conscientes como las inconscientes. A partir de entonces: el historiador ha querido ser —y se ha hecho— economista: sociólogo: antropólogo: demógrafo: psicólogo: lingüista. Estos nuevos vínculos del espíritu han sido: al mismo tiempo: vínculos de amistad y de corazón. Los amigos de Lucien Febvre y de Marc Bloch: fundadores y animadores también de los *Annales*: constituyeron un coloquio perma-

nente de la ciencia del hombre: de Albert Demangeon y Jules Sion, geógrafos, a Maurice Halbwachs, sociólogo; de Charles Blondel y Henri Wallon, psicólogos, a François Simiand, filósofo-sociólogo-economista. Gracias a ellos, la historia se ha anoderado, bien o mal pero de manera decidida, de todas las ciencias de lo humano: ha pretendido ser, con sus jefes de fila, una imposible ciencia global del hombre. Al hacerlo se ha entregado a un imperialismo juvenil, pero con los mismos derechos y de la misma manera que todas las demás ciencias humanas de entonces: pequeñas naciones en realidad que, cada una por su cuenta, soñaban con tragárselo todo, con atropellar y con dominarlo todo.

Desde entonces, la historia ha perseverado en esta misma línea alimentándose de las demás ciencias del hombre. El movimiento no se ha detenido, aunque, como era de esperar, se haya transformado. Mucho camino ha sido recorrido¹⁸ desde la *Apologie pour l'histoire*, testamento de Marc Bloch, hasta los *Annales* de posguerra, dirigidos de hecho únicamente por Lucien Febvre. Los historiadores, demasiado despreocupados por el método y la orientación, apenas habrán sido sensibles a ello. No obstante, a partir de 1945 se planteó nuevamente la pregunta de cuáles eran la función y la utilidad de la historia.

¿Era o debía ser únicamente el estudio exclusivo del pasado? El empeñarse, respecto de los años transcurridos, en unir el haz de todas las ciencias del hombre ¿no habría de tener consecuencias inevitables para la historia? En el interior de su campo, representaba todas las ciencias del hombre. Pero ¿dónde se detiene el pasado? Todo es historia, se dice no sin sorna. Claude Lévi-Strauss escribía no hace mucho: «porque todo es historia, lo que ha sido dicho ayer es historia, lo que ha sido dicho hace un minuto

es historia»¹⁹. Añadiré: lo que ha sido dicho, pensado, obrado o solamente vivido. Pero si la historia omnipresente encausa lo social en su totalidad, lo hace siempre a partir de ese movimiento mismo del tiempo que, sin cesar, arrastra a la vida pero la substrahe a sí misma, que anaga y atiza nuevamente el fuego. La historia es una dialéctica de la duración: por ella, gracias a ella, es el estudio de lo social, de todo lo social, y por tanto del pasado: y también, por tanto, del presente, ambos inseparables. Lucien Febvre lo ha dicho y repetido a lo largo de los últimos diez años de su vida: «la historia, ciencia del pasado, ciencia del presente».

Se comprenderá que el autor de este capítulo, heredero de los *Annales* de Marc Bloch y de Lucien Febvre, se sienta en una posición bastante particular para enfrentarse, «sable en mano», con el sociólogo que le reprochara o no pensar como él o pensar en exceso como él. La historia me parece una dimensión de la ciencia social, formando cuerpo con ella. El tiempo, la duración, la historia se imponen de hecho —o deberían imponerse— a todas las ciencias del hombre. No tienden a la oposición, sino a la convergencia.

2

He escrito ya²⁰, un poco en contra de Georges Gurvitch, que sociología e historia constituirían una sola y única aventura del espíritu, no el envés y el revés de un mismo paño, sino este paño mismo en todo el espesor de sus hilos. Esta afirmación, claro está, continúa siendo discutible y no es susceptible de ser enteramente llevada a cabo. Pero responde, en mí, a un deseo de unificación, incluso autoritario, de las diversas ciencias del hombre, a fin de someterlas menos a un mercado común que a una problemática común,

capaz de liberarlas de una gran cantidad de falsos problemas y de conocimientos inútiles, y de re-crearlas, tras las dudas y dudas a punto que se imponen, a una futura y nueva divergencia, susceptible entonces de ser fecunda y creadora. Porque un nuevo lanzamiento de las ciencias del hombre es indispensable.

No se puede negar que, con frecuencia, historia y sociología se reúnen, se identifican, se confunden. Las razones de ello son simples: por una parte, existe un imperialismo, una hinchazón de la historia, a los que va he aludido; por otra, una identidad de naturaleza: historia y sociología son las únicas ciencias *globales* capaces de extender su curiosidad a cualquier aspecto de lo social. La historia, en la medida en que es todas las ciencias del hombre en el inmenso campo del pasado, es síntesis, orquesta. Y si el estudio de la duración *baio todas sus formas* le abre, como yo creo, las puertas de lo actual, entonces se encuentra en todos los lugares del banquete. Y se encuentra por lo general al lado de la sociología (que también es síntesis por vocación) a la que la dialéctica de la duración obliga a volverse hacia el pasado, lo quiera o no.

Incluso cuando —según la vieja fórmula— se considera a la sociología como «ciencia de los hechos cuyo conjunto constituye la vida colectiva de los hombres», incluso cuando se la considera a la búsqueda de nuevas estructuras elaboradas al calor y en la complejidad de la vida actual, no por ello todo lo social deja de depender de su curiosidad y de su inicio. A lo colectivo hay o que separarlo de lo individual o que reencontrarlo en lo individual: la dicotomía debe ser siempre replantada. La innovación: pero sólo existe innovación con relación a lo que es antiguo y a lo que no siempre acepta morir en el fuego de lo actual donde todo se quema, tanto la ma-

dera nueva como la vieja (y ésta no necesariamente más de prisa que aquélla).

Por consiguiente, es imposible que el sociólogo se encuentre desplazado en los talleres y obras de la historia: reencuentra allí sus materiales, sus herramientas, su vocabulario, sus problemas y sus propias incertidumbres. Evidentemente, la identidad no es completa y a menudo se disimula: existe todo el engranaje de las formaciones, de los aprendizajes, de las carreras, de las herencias, la textura del oficio, las diferentes técnicas de información que impone la variedad de las fuentes documentales (pero pasa lo mismo en el interior de la historia: el estudio de la Edad Media y del siglo XIX exigen una actitud diferente frente al documento). La historia, si cabe decirlo así, es uno de los oficios menos estructurados de la ciencia social, y por tanto uno de los más flexibles y de los más abiertos. Entre nosotros, las ciencias sociales se encuentran presentes quizá con más frecuencia aún que en la propia sociología, cuya vocación es —no obstante— contenerlas a todas. Existe una historia económica cuya riqueza avergüenza, estoy seguro, a la muy exigua y anémica sociología económica. Existen una maravillosa historia geográfica y una vigorosa geografía histórica, imposibles de comparar con la ecología puntillista de los sociólogos. Existe una demografía histórica (es historia o no lo es), frente a la cual la morfología social apenas es algo. Existe incluso una historia social que, aunque mediocre, no tiene nada que ganar del contacto con los malos estudios de la sociología tipológica (por no llamarla, para no caer en un pleonismo: la sociología social). Y es muy probable que la historia cuantitativa en la línea de los programas de Ernest Labrousse y de sus alumnos (Congreso de Historia de Roma, 1955) tome,

en el terreno del estudio de clases sociales, un adelanto decisivo sobre la sociología abstracta demasiado preocupada, a mi modo de ver, por el concepto de clases sociales en Marx o en sus émulos.

Pero detengámonos aquí. Sería demasiado fácil hacer corresponder término por término, lo que intentan los sociólogos y lo que nosotros los historiadores hacemos: la sociología del conocimiento y la historia de las ideas; por una parte, la microsociología y la sociometría, y por la otra, la historia de superficie, llamada historia de los acontecimientos (esa microhistoria en la que se codean el suceso irrelevante y el acontecimiento explosivo, *sociodrama* en realidad, y que puede extenderse a las dimensiones de una nación o de un mundo). En un cierto momento incluso se me escapa la diferencia que pueda existir entre esas actividades medianeras: entre la sociología del arte y la historia del arte, entre la sociología del trabajo y la historia del trabajo, entre la sociología literaria y la historia literaria, entre la historia religiosa al nivel de Henri Brémond y la sociología religiosa al nivel excencionalmente brillante de Gabriel Le Bras y de sus discípulos. Y las diferencias, cuando existen, ¿acaso no podrían ser subsanadas acoblándose el menos brillante de los dos *partenaires* al más brillante? Así, por ejemplo, el historiador no presta la suficiente atención a los signos sociales, a los símbolos, a las funciones sociales regulares y subvacentes: pero como numerosos ejemplos lo prueban, bastaría un pequeño esfuerzo para que estos problemas se le aparecieran con intensidad. Se trata de desfases, de inadvertencias; no de imperativos o de exclusivas de oficio.

Otra señal fraterna de estas correspondencias: el vocabulario tiende a identificarse de una ciencia a otra. Historiadores y sociólogos hablan de

crisis estructural y coyuntural. En cuanto al término «episódico» (*événementiel*), creado por Paul Lacombe y adoptado por François Simiand y —hace una decena de años— por los historiadores, ha sido lanzado, desde entonces, a una órbita común. La palabra *palier* surgió del pensamiento de Georges Gurvitch y se aclimata como nueva a nuestra disciplina. En Francia, los historiadores hablan de *paliers* de la realidad histórica: más aún, de *paliers* de explicación histórica y, por consiguiente, de posibles *paliers* de entendimiento o de polémica histórico-sociológica.

Pero abandonemos este juego que resultaría fácil proseguir. Más vale demostrar su interés. El vocabulario es el mismo —o se convierte en el mismo— porque, cada vez más, la problemática es la misma, bajo el cómodo signo de dos palabras victoriosas por el momento: *modelo* y *estructura*. El modelo hace su aparición, en las aguas vivas de la historia, como «herramienta artesanal», pero al servicio de las tareas más ambiciosas: *la* o *las* estructuras nos asedian: se habla demasiado de estructuras incluso en los *Annales*, decía Lucien Febvre²¹ en uno de sus últimos escritos. De hecho, la ciencia social debe construir como nueva el modelo, la explicación general y particular de lo social, y sustituir una realidad empírica y desconcertante por una imagen que sea más clara, más fácil de explotar científicamente. Hay que escoger, truncar, reconstruir, dosificar, aceptar las contradicciones y casi buscarlas. ¿Tiene o no tiene lo social esa estructura escalonada «hojeada» según la expresión del doctor Roumeguère?²² ¿Cambia la realidad en cada nivel? En ese caso es discontinua, «en vertical». ¿Está estructurada en todo su espesor o tan sólo sobre un cierto espesor? Fuera de las fuertes envolturas de las estructuras se situarían zonas libres, inorganizadas, de la realidad. Lo estructura-

el

do y lo no-estructurado: hueso y carne de lo social. Pero el movimiento que arrastra a la sociedad. ¿es él también estructurado. si cabe decirlo así según el esquema de una estructura bautizada como «dinámica»? ¿Existe una regularidad. fases necesariamente repetidas en todos los fenómenos de evolución histórica? El «movimiento de la historia» no obraría a ciegas.

En realidad, estos problemas se aproximan y se aconflan. o deberían aproximarse y engranarse. Por una paradoja aparente. el historiador resultaría aquí más simplificador que el sociólogo. En efecto. por mucho que pretenda. en último extremo. que lo actual es también de su incumbencia. lo estudia mal y con menos frecuencia que lo social ya caducado. esclarecido y simplificado por mil razones que resulta inútil subravar. El presente. por el contrario. es una vuelta a lo múltiple. a lo complicado. a lo «pluridimensional». Esta vuelta quizá la ove: pero ¿la percibe mejor que el sociólogo, observador de las efervescencias de lo actual?

3

De esta perspectiva surge una impresión de analogía. de identidad bastante fuerte. Los dos oficios. en su conjunto. tienen los mismos límites. la misma circunferencia. Poco importa que en un aspecto esté mejor trabajado el sector histórico. y en otro el sector sociológico: bastaría un poco de atención y de esfuerzo y los campos se corresponderían con más precisión y conocerían. sin dificultad. los mismo éxitos.

Esta analogía sólo podría ser rechazada —y aun así— en el caso de que el sociólogo se resistiera a la intrusión del historiador en lo actual. Pero ¿sería después posible reducir todas nuestras oposiciones a un dudoso contraste entre el ayer y el

hoy? De los dos vecinos, el uno se introduce en el pasado que, después de todo, no es su campo específico, en nombre —si se quiere— de la repetición: el otro penetra en el presente en nombre de una duración creadora de estructuraciones y de desestructuraciones, así como de permanencias. Repetición y comparación de un lado, duración y dinamismo del otro, son herramientas que todos pueden utilizar. Entre lo real vivido y lo real que se vive o va a vivirse, ¿está tan claro el límite? Los primeros sociólogos sabían que lo actual no sostenía más que una parte de su construcción. Estamos obligados —decía Francois Simiand— «a buscar los hechos y los casos de experiencia en la relación del pasado de la humanidad»²³

Todavía creo menos en una oposición de estilos. ¿Es la historia más continuista y la sociología más discontinuista? Hay quien lo ha sostenido: sin embargo, ¿qué pregunta más mal planteada! Haría falta, para tener seguridad, enfrentar a las propias obras, ver si sus oposiciones son internas o externas a nuestros respectivos oficios. Sobre Marc Bloch recae la responsabilidad, al plantear prematuramente el gran problema, en vísperas de la guerra de 1939, de haber desencadenado una de las discusiones más inútiles que se han dado en el país de los historiadores.

En realidad, cada historiador, al igual que cada sociólogo, tiene su estilo. Georges Gurvitch se excede en escrupulosidad al querer presentar una sociología completa, hiperempírica, a imagen y semejanza de una realidad que considera, no sin razón, exuberante. C. Lévi-Strauss aparta y destruye esta exuberancia a fin de descubrir la línea profunda, pero estrecha, de las permanencias humanas. ¿Es absolutamente necesario escoger y descubrir cuál de los dos es *el* sociólogo? Cuestión de estilo, insisto, y de temperamento. Tam-

bién Lucien Febvre se preocupó por lo exuberante, por lo conioso: y su estilo como a dos voces se prestó más y mejor que otro a estos dibujos complejos en los que se complacía. Fustel es, en cambio, simple, cuidadoso de la línea de un solo trazo. Michelet estalla en líneas múltiples. Pirenne o Marc Bloch serían más continuistas que Lucien Febvre. Pero esta peculiaridad obedece tanto como a sus temperamentos al espectáculo que contemplan: una Edad Media occidental en la que el documento se sustrae. Con el siglo xv, y más aún el xvi, se elevan mil voces que anteriormente no se hacían oír. Empezan las grandes charlas de la época contemporánea. En pocas palabras: a mi modo de ver, no existe un estilo de la historia del que éste sería incapaz de evadirse. Y lo mismo ocurre en lo que a la sociología se refiere. Durkheim es de una sencillez autoritaria, lineal, al igual que Halbwachs, cuyas clasificaciones no son retocadas. Marcel Mauss es más diverso, pero no le leemos: oímos su pensamiento, repercutido por sus discípulos y que no ha perdido validez para la investigación actual.

Nuestras diferencias no se encuentran, pues, en estas fáciles fórmulas o distinciones. El debate (o mejor dicho, nuestra encuesta, nuestro que debemos intentar no reavivar la polémica) debe ser trasladado al corazón de la historia: a los diversos niveles del conocimiento y del trabajo histórico, en primer lugar, y a la línea, más tarde, de la duración, de los tiempos y temporalidades de la historia.

4

La historia se sitúa en diferentes niveles, casi diría que en tres niveles, si no fuera simplificar en exceso: son diez, cien niveles los que habría que considerar, diez, cien duraciones diferentes.

En la superficie, una historia episódica, de los acontecimientos que se inscribe en el tiempo corto: se trata de una microhistoria. A media profundidad, una historia coyuntural de ritmo más amplio y más lento: ha sido estudiada hasta ahora, sobre todo, en el plano de la vida material, de los ciclos e interciclos económicos. (La obra²⁴

Labrousse sobre la crisis, en realidad semiinterciclo [1774-1791] que sirve de rampa de lanzamiento a la Revolución francesa). Más allá del «recitativo» coyuntural, la historia estructural o de larga duración, encausa siglos enteros: se encuentra en el límite de lo móvil y de lo inmóvil: y, por sus valores muy prolongadamente fijos, aparece como un invariante frente a las otras historias, más raudas en transcurrir y en realizarse y que, en suma, gravitan en torno a ella.

En resumen, tres series de niveles históricos, con los que, desgraciadamente, la sociología todavía no ha entrado en contacto. Ahora bien, no cabe que el diálogo con la historia sea de la misma índole o, cuando menos, del mismo ritmo, en estos diferentes niveles. Existe, sin duda, una sociología de la historia y del conocimiento histórico en cada uno de estos tres niveles: pero esta sociología está todavía por construir. Como historiadores, no podemos más que imaginarla.

Una sociología de lo episódico consistiría en el estudio de estos mecanismos rápidos, efímeros, nerviosos, que registran día a día la llamada historia del mundo que está haciéndose: esa historia, en parte engañosa, en la que los acontecimientos se enarzan unos con otros y se determinan, en la que los grandes hombres son considerados por lo general como autoritarios directores de orquesta. Esta sociología de lo episódico consistiría también en anudar el viejo diálogo (el repetido, el inédito); consistiría, igualmente, en la confron-

tación de la historia tradicional, por una parte, y de la microsociología y la sociometría, por la otra: ¿son éstas, como yo creo, más ricas que la historia superficial? ¿Y por qué? ¿Cómo determinar el lugar que ocupa esta amplia capa de historia en el complejo de una sociedad enfrentada con el tiempo? Todo ello desborda, si no me equivoco, las viejas querellas. El hecho diverso, el suceso, es repetición, regularidad, multitud: y nada dice, de forma absoluta, que su nivel carezca de fertilidad o de valor científico. Habría que considerarlo de cerca.

Si respecto del acontecimiento nuestra imaginación sociológica no huelga en absoluto, por el contrario todo debe ser construido —iba a decir: inventado— en lo que concierne a la covuntura, ese personaje ignorado o casi ignorado de la sociología. ¿Es o no lo suficientemente fuerte para trastocar los juegos en profundidad, para favorecer o desfavorecer los vínculos colectivos, para estrechar unos y tender o romper otros? Francois Simiand no hizo más que esbozar una sociología del tiempo covuntural según los flujos y los reflujos de la vida material. ¿El auge (la fase A) y la facilidad que ofrece, por lo menos en ciertos sectores, mantendría o no en vigencia los juegos sociales y las estructuras? Con el reflujo de cada fase B, la vida material (y no solamente ella, claro está) se reestructura, busca otros equilibrios, los inventa, moviliza fuerzas de ingeniosidad o, por lo menos, les deja libre curso. Pero en estos terrenos los trabajos de los economistas y de los historiadores todavía no han acumulado suficientes datos ni dibujado suficientes cuadros válidos como para permitir reempezar o prolongar el esbozo de Simiand. Además, la historia covuntural sólo sería completa en el caso de que se añadiera a la covuntura económica el estudio de la covuntura social y de otras situaciones concomitantes de repliegue o

de auge. Sólo en entrecruzamiento de coyunturas simultáneas dará lugar a una sociología eficaz.

En el plano de la historia de larga duración, historia y sociología no es que se respalden (sería quedarse corto): se confunden. La larga duración es la historia interminable, indeagastable, de las estructuras y grupos de estructuras. Para el historiador, una estructura no es solamente arquitectura, ensamblaje: es permanencia, con frecuencia más que secular (el tiempo es estructura). Ese grueso personaje atraviesa inmensos espacios de tiempo sin alterarse: si se deteriora en tan largo viaje, se recompone a lo largo del camino, su salud se restablece, y, en definitiva, sus rasgos sólo cambian muy lentamente.

He tratado de mostrar²⁵ —no me atrevo a decir de demostrar— que toda la nueva investigación de Claude Lévi-Strauss —comunicación y matemáticas sociales mezcladas— sólo será coronada por el éxito en el momento en que sus *modelos* naveguen sobre las aguas de la larga duración. Cualquiera que sea la apertura escogida para su caminar —microsociología o cualquier otro nivel— sólo cuando ha alcanzado el nivel más bajo, medio soñoliento, del tiempo, aflora la estructura: los vínculos primitivos de parentesco, los mitos, los ceremoniales, las instituciones pertenecen al flujo más lento de la historia. Está de moda, entre los físicos, hablar de *agravedad*. Una estructura es un cuerpo sustraído a la gravedad, a la aceleración de la historia.

Pero el historiador fiel a las enseñanzas de Lucien Febvre y de Marcel Mauss aspirará siempre a aprehender el conjunto, la *totalidad* de lo social. De ahí que se vea llevado a poner en contacto niveles, duraciones, tiempos, diversos estructuras, coyunturas, acontecimientos. Este conjunto reconstituye a sus ojos un equilibrio global bastante precario y que no puede mantenerse sin

constantes reajustes, choques o deslizamientos. En su totalidad lo social presa de su devenir es idealmente, en cada corte *sincrónico* de su historia una imagen continuamente diferente aunque esta imagen renita miles de detalles y de realidades anteriores. ¿Quién lo habría de negar? Por eso la idea de una estructura global de la sociedad inquieta y molesta al historiador, incluso si subsiste entre estructura global y realidad global un desfase considerable. Lo que al historiador le gustaría salvar en el debate es la incertidumbre del movimiento de la masa, sus diversas posibilidades de deslizamiento, algunas libertades, ciertas explicaciones particulares, «funcionales», productos del instante o del momento. En este estadio de la «totalidad» —no me atrevo a decir de la «totalización»—, en el momento, en suma, de pronunciar la última palabra, el historiador retrocedería de esta forma hacia las posiciones antisociológicas de sus maestros. También toda sociedad es única, incluso aunque muchos de sus materiales sean antiguos: se explica sin duda fuera de su tiempo, pero también en el interior de su propio tiempo: es, de acuerdo con el espíritu mismo de Henri Hauser y de Lucien Febvre, «hija de su tiempo» (el tiempo, claro está, que la engloba): función de este tiempo y no solamente de las duraciones que se reparte con otras experiencias sociales.

5

¿He sido víctima de fáciles ilusiones? He mostrado al oficio de historiador desbordando sus antiguos límites, poniendo prácticamente en tela de juicio el propio campo de la ciencia social, moviendo su curiosidad en todas las direcciones. A principios de este siglo, hacia la psicología: era la época en que Werner Sombart afirmaba que

el capitalismo es ante todo espíritu (mucho más tarde, siempre en esta misma línea de conquista Lucien Febvre hablará de *utilité mental*). Después, aproximadamente en la década de los treinta, hacia la economía política coyuntural, que Francois Simiand revela a los historiadores franceses. Y desde hace mucho tiempo, hacia la geografía. Se constatará lo poco que el marxismo ha sitiado, a lo largo de este siglo, nuestro oficio. Pero sus infiltraciones, sus tentaciones y sus influencias han sido múltiples y poderosas: ha faltado únicamente, en esta primera mitad del siglo xx, la obra maestra de historia marxista que hubiera servido de modelo y de punto de reunión: aún la estamos esperando. Esta enorme influencia ha desempeñado, no obstante, su función entre las numerosas transformaciones de nuestro oficio que han obligado al historiador a desprenderse de sus costumbres, a contraer otras nuevas, a salir de sí mismo, de sus aprendizajes, por no decir de sus éxitos personales. Sin embargo, existe un límite secreto y exigente a estas migraciones y metamorfosis[†].

No creo que sea posible esquivar a la historia. Es necesario que el sociólogo desconfíe. -La filosofía (de la que viene y en la que permanece) le renara demasiado bien para no ser sensible a esa necesidad concreta de la historia. Las técnicas de la encuesta corren el riesgo de consumir este alejamiento. Todos los encuestadores, de por sí apresurados —y más todavía por aquellos que les emplean—, harían bien en desconfiar de una observación excesivamente rápida a flor de piel. Una sociología episódica (*événementielle*) abruma nuestras bibliotecas, los expedientes guber-

[†] La versión original de «Historia y Sociología» reproduce a continuación, literalmente, el apartado primero —excepto el primer párrafo— de la Sección IV de «La larga duración», págs. 97-106 de este volumen.

namentales y de las empresas. Lejos de mí la idea de alzarle contra esta moda o de declararla inútil. Pero ¿qué valor científico puede tener si no canta el sentido, la rapidez o la lentitud, la subida o la caída del movimiento que arrastra todo fenómeno social, si no se interesa por el movimiento de la historia, por su dialéctica que discurre del pasado al presente y hasta el mismo futuro?

Querría que los jóvenes sociólogos, en el transcurso de sus años de aprendizaje, se tomaran el tiempo necesario para estudiar, incluso en el más modesto de los depósitos de archivos, la más simple de las cuestiones de historia: que tengan, por lo menos una vez, fuera de sus manuales esterilizantes, un contacto con un oficio simple pero sólo comprensible (como todos los demás oficios, supongo) cuando se le practica. No habrá ciencia social, a mi modo de ver, más que en la reconciliación en una práctica simultánea a nuestros diferentes oficios. Alzarles uno contra otro es cosa fácil pero ya demasiado oída. Lo que necesitamos es una música nueva.